459:6

UN AMIGO EN CANDELERO,

COMEDIA EN CINCO ACTOS.

SU AUTOR

VI =

DON ANTONIO GIL DE ZÁRATE.

1795-1861

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1842.

PERSONAS.	ACTORES.
DON GONZALO.	*Don Julian Romea.*
DON GABRIEL.	*Don Lázaro Perez.*
DON LOPE.	*Don Pedro Sobrado.*
DON AQUILINO.	*Don Florencio Romea.*
LA CONDESA.	*Doña Matilde Diez.*
DOÑA CLARA.	*Doña Teodora Lamadrid.*
FRANCISCO.	*Don Mariano Fernandez.*
TORIBIO.	*Don Ignacio Silvestri.*

JUAN. — UN PORTERO. — CRIADOS.

La escena es en Madrid, á fines del año de 1719.

Esta Comedia, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

ADVERTENCIA.

Una comedia de las menos conocidas de Picard, titulada VANGLAS, *me ha dado la idea de esta. He aprovechado algunas pocas situaciones de ella; pero estan presentadas de tan diferente modo, varían tanto en el desempeño, y en todo lo demas las dos obras son tan distintas, que aquello no quita á la mia la cualidad de original. Hago, sin embargo, esta advertencia, en obsequio de la verdad, aunque podria escusarla; pues semejantes imitaciones son permitidas en literatura y muy frecuentes aun en los escritores de mayor nombradía.*

Acto primero.

Sala decentemente amueblada. Puertas al foro y á los lados.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA CLARA. DON GABRIEL.

CLARA. ¿Viste por fin á Orendana?
GABRIEL. Ya le vi, gracias á Dios.
CLARA. ¿Por ventura, se ha negado?
GABRIEL. De ningun modo, eso no;
mas su casa es un castillo
cuyas puertas, voto á brios,
defiende de cien lacayos
la insolente guarnicion.
Ya se ve, de la fortuna
el viento al fin le sopló,
y hoy se encuentra en candelero,
segun el dicho español.
El cardenal Alberoni
le dispensa su favor,
y hasta que le hacen ministro
dice la pública voz.
CLARA. ¿Qué me cuentas?
GABRIEL. A no ser,
lo que no estrañaré yo,
que ese edificio de naipes
de tan débil construccion
se derrumbe y venga al suelo
mas pronto que se elevó.

CLARA. Pues qué, ¿recelas...?
GABRIEL. ¿Quién sabe?
El viento de la ambicion
en un piélago inconstante
á navegar le lanzó;
y en las cortes la caida
solo hay segura en rigor.
¿Ves á ese altivo ministro
que de humilde condicion
á la púrpura romana
y casi al trono se alzó,
revolviendo á toda Europa
con su genio emprendedor?
Pues quizá grandeza tanta
no es mas que vana ilusion
que en breve se desvanezca
cual niebla liviana al sol.
CLARA. ¿Pues acaso le amenaza...?
GABRIEL. Es mera suposicion.
Corren con todo rumores,
se agitan hombres de pró...
Pero, hermana, estos asuntos
para mugeres no son.
Dejemos, pues...
CLARA. Un hermano
fué siempre para los dos
Orendana: indiferente
no puede mi corazon
mostrarse á su dicha.
GABRIEL. Es cierto;
y si algun dia el furor
de la suerte le lanzase
de tan alta elevacion,
recibiéndole en mis brazos,
haré su golpe menor.
CLARA. Nunca pensára en empleos;
y sin tanta esposicion,
quizá mas feliz le hiciera
nuestra amistad.
GABRIEL. Y tu amor.
CLARA. ¡Mi amor!
GABRIEL. ¿No quedan cenizas

del antiguo fuego?

CLARA. ¡Ay Dios!

GABRIEL. Ese suspiro me dice
que no se estinguió tu ardor.

CLARA. Inútil fuera negarlo:
en mi sincera aficion,
de su naciente grandeza
con gozo oía el rumor.
¡Necia de mí que ignoraba
cómo se apaga veloz
con los vientos cortesanos
llama que humilde nació!
Desde que de altos destinos
le deslumbra el esplendor,
ni aun he visto de su letra
un amistoso renglon.
El ingrato me ha olvidado,
no hay duda: segura estoy
de que por mí ni siquiera
te ha preguntado.

GABRIEL. Es error.
Me ha preguntado: en sus ojos
sincero afecto brilló;
y estrechándome en sus brazos,
tu nombre, aunque con rubor,
le oí pronunciar... ¿Qué quieres?
Los negocios de sí en pós
arrebatan al que se halla
en tan alta posicion.
Es fuerza ser indulgente.

CLARA. ¿Indulgente...? ¡Harto lo soy!

GABRIEL. Gozoso estaba conmigo
en dulce conversacion,
cuando con prisa á palacio
el cardenal le llamó.
Pasamos de pretendientes
entre apretado escuadron,
y metiéndose en su coche,
al punto despareció.
Mas me prometió primero
que vendria á comer hoy
con nosotros.

ESCENA II.

DICHOS. JUAN.

JUAN. Señor...
GABRIEL. ¿Qué?
JUAN. Preguntan ahí por vos
dos caballeros.
GABRIEL. ¿Sus nombres?
JUAN. Don Aquilino Muñoz
el uno, y don Lope Estrada
el otro.
GABRIEL. Que entren los dos. (*Vase Juan.*)
CLARA. ¡Muñoz y Estrada!
GABRIEL. Sí, amiga.
¿Te acuerdas de ellos?
CLARA. ¡Pues no!
GABRIEL. Amigos de nuestra infancia
como Orendana. El favor
nos harán de acompañarnos
tambien á comer.
CLARA. Pues voy,
voy corriendo á disponer...
¡Tres convidados...! A Dios. (*Vase.*)

ESCENA III.

DON GABRIEL. DON AQUILINO. DON LOPE.

GABRIEL. ¡Amigos mios!
LOPE. ¡Querido!
AQUILINO. ¡Gabriel del alma!
GABRIEL. Venid
á mis brazos.
AQUILINO. ¡Tú en Madrid!
GABRIEL. Sí, amigos.
LOPE. Muy bien venido.
GABRIEL. ¿Os han dado mi recado?
LOPE. Y á verte luego acudí.
AQUILINO. Igual me sucede á mí.
(*Señalando á don Lope.*)
En la calle le he encontrado.
GABRIEL. Muy bien, muy bien: os lo estimo.

Años há que no nos vemos.

LOPE. ¡Oh! mucho que hablar tenemos.

GABRIEL. Pero la risa reprimo.
Di: ¿qué trage es ese? (*A don Lope.*)

LOPE. ¿Cuál?

GABRIEL. El que llevas... ¿Quién diria...?

AQUILINO. Ha dado en esa manía.

LOPE. Es el trage nacional.

GABRIEL. Del siglo pasado.

LOPE. ¡Y bien!
¿Por eso he de despreciarle?

GABRIEL. Ya han dejado de llevarle,
y hoy otras modas se ven.

AQUILINO. En ser antiguo se empeña.

LOPE. Sí, bien lo sé: solo es
hoy de moda lo francés
y lo español se desdeña;
mas no admito ese embolismo,
y es para mí necia empresa
vestirnos á la francesa
y gobernarnos lo mismo.
Nuestros usos buenos son,
gloria adquirimos con ellos,
y es necedad el perdellos
por los de estraña nacion.
¿A qué tales mamarrachos?
¿Porque es francés nuestro rey?
Hágase español, que es ley,
y no nos haga gabachos.
Este trage que vistiera
mi padre, lo he de llevar,
y si llegase á no hallar
sastre para él, yo lo hiciera.
¡Miren qué lindo atavío
el vuestro! ¡Qué casacon!
¡Y el enorme pelucon!
Yo sí que al veros me río.
Dénme la estrecha ropilla
que ajustada al cuerpo viene,
y el ferreruelo que tiene
donaire tal en Castilla:
dénme el chambergo sombrero

su pluma agitando ufano,
que quita el sol en verano
y las nieves en Enero:
dénme el pelo suelto, liso,
tal como Dios le ha criado,
no tanto rizo prestado
que para nada es preciso.
Aunque de verle te duela,
este trage es de provecho,
no el tuyo con que estás hecho
un mono de covachuela.

GABRIEL. Muy bien, cada cual su gusto:
por eso no hay que reñir;
mas ¿no me querreis decir
cuál es vuestra suerte?

LOPE. Es justo.

AQUILINO. La mia es harto fatal.

GABRIEL. ¿Cómo, pues, buen Aquilino?

AQUILINO. Dió en perseguirme el destino,
y todo me sale mal.
Despues de haber sido page
do fuí de hambre catedrático,
serví á un señor diplomático
con quien hice mas de un viaje.
El hombre escribia mucho,
cosas que nadie entendia,
y yo las copias hacia,
que en la letra soy muy ducho.
Gran secreto me encargaba
en sus escritos difusos;
mas ya por sí, de confusos,
el secreto se guardaba.
Español, francés, lo propio
era todo para mí:
de ello una maña adquirí,
y es no saber lo que copio.
Soy un imprenta viviente,
fiel reproduzco un escrito;
mas de ninguno, maldito
lo que me queda en la mente.
De esta gracia se prendó
cierto señor consejero,

que era del otro heredero
y á mí tambien me heredó.
Quísome un dia probar,
y fué caso nunca visto:
escribió un oficio, y listo
yo me lo puse á copiar.
Firma, cierro, el sobre pongo,
y dice con falsa risa:
llevad este pliego á prisa
y hagan lo que en él impongo.
Llévolo sin detencion
á un alcalde; y por respuesta...:
¿creeréislo, amigos...? me arresta:
era mi auto de prision.

LOPE. ¡Ah! ¡ah! ¡cuál te quedarias!

GABRIEL. ¿Te burlas?

AQUILINO Podeis creerlo:
yo copié, sin conocerlo,
aquella carta de Urías.

GABRIEL. Es propiedad escelente.

AQUILINO. Lo será; mas la maldigo:
por ella nada consigo,
y no paso de escribiente.
Veces mil el consejero
colocarme prometió;
mas de repente murió
y de hambre otra vez me muero.

GABRIEL. Ya te abrirá Dios camino.
¿Y tú, Lope?

LOPE. ¿Yo...? Contento:
ni ser pretendiente intento,
ni sirvo para un destino.
Mi deseo poco abarca;
y sin que yerre la cuenta,
con mil ducados de renta
vivo como un patriarca.
Tengo la lengua harto fresca,
dícenme, para servir:
verdades he de decir,
que el callarme es mucha gresca.
Pues ya llegué á conocellos,
quedémonos, voto á tal,

ellos gobernando mal,
y yo murmurando de ellos.

GABRIEL. Mira, vete con cuidado,
que hay en España castillos.

LOPE. Sí, pondrán á mis pies grillos,
mas no á mi boca un candado.

GABRIEL. ¡Bah! La suerte de los dos
que hoy se mejore confio.

AQUILINO. ¿De veras?

LOPE. Calor ni frio
me entra por...

AQUILINO. Dime, por Dios.

GABRIEL. ¿Os acordais de Orendana?

AQUILINO. ¿El que es oficial mayor
de...

GABRIEL. Ese mismo.

AQUILINO. Un buen señor.

LOPE. ¡Bribon! ¡Le tengo una gana!

GABRIEL. Con él estudiamos juntos,
y era de los tres amigo.

AQUILINO. Sí, sí, jugaba conmigo.

LOPE. Siempre le ponian puntos.

GABRIEL. Hoy vendrá á comer aqui;
y por lo mismo os convido.

LOPE. ¿Sí...? Pues me marcho.

AQUILINO. ¿Qué he oido?
¿Mi amigo Gonzalo?

GABRIEL. Sí.

LOPE. Quedad con Dios.

GABRIEL. ¿Dónde vas?

LOPE. No quiero verle.

GABRIEL. ¡Qué necio!

LOPE. Le aborrezco, le desprecio.

AQUILINO. Vaya, riguroso estás.
Repito que es buen señor;
y aunque su orgullo condeno,
le basta para ser bueno
el ser oficial mayor.

LOPE. Le tengo por un zoquete.

AQUILINO. Pues cuando en la escuela estaba,
decias, si me cascaba,
ese muchacho promete.

LOPE. Ahora es rico y era pobre:
¿cómo tan pronto ha podido... ?
AQUILINO. Los empleos, ya es sabido,
en oro truecan el cobre.
LOPE. Dicen que toma regalos
por los destinos que da.
AQUILINO. Eso mal hecho será,
si los destinos son malos.
LOPE. Si las faldas se interesan,
no hay cuidado, cera es.
AQUILINO. ¿Quieres sea descortés
con las que al mundo embelesan?
LOPE. Si es que no miente la fama,
tambien le proteje alguna.
AQUILINO. Mucho que sí: su fortuna
la debe toda á una dama;
y esa es muy fundada queja:
solo en él eso critico;
pues siendo yo mejor chico,
no hallo una que me proteja.
GABRIEL. ¡Cómo! ¿Qué dices? ¿De veras?
LOPE. Lo sabe todo Madrid.
GABRIEL. Mas ¿quién es ella...? Decid.
LOPE. La condesa de Figueras.
AQUILINO. Camarera favorita
de la reina.
GABRIEL. ¡Y es posible!
AQUILINO. Dicen que es bella y sensible.
GABRIEL. ¡Dios mio...! (¡Pobre Clarita!)

ESCENA IV.

DICHOS. DOÑA CLARA.

CLARA. Un coche paró á la puerta:
sin duda será el amigo.
GABRIEL. Sí, será... Vamos...
AQUILINO. ¿Tan pronto?
¡Valgame Dios, qué descuido!
A verle voy, y no traigo
siquiera un memorialito.
Oye, Gabriel.

GABRIEL. ¿Qué me quieres?
AQUILINO. ¿Sin duda tendrás avíos
de escribir?
GABRIEL. ¿No he de tenèr?
¿Necesitas...?
AQUILINO. Te suplico
me dejes...
GABRIEL. En mi despacho
podrás...
AQUILINO. Muy bien... sí... solito
será mejor.
GABRIEL. ¿Qué pretendes?
AQUILINO. Cuatro renglones ó cinco.
Quiero que vea mi letra.
GABRIEL. ¿Gonzalo?
AQUILINO. Sí.
GABRIEL. Ya adivino:
¿un memorial?
AQUILINO. La ocasion
aprovechar es preciso.
GABRIEL. Bien.—Y tú, Lope, ¿no quieres...?
LOPE. ¿Yo memoriales...? Pues digo
que es mi genio para... Mas
habia echado en olvido
que me es forzoso escribir
un par de cartas: lo mismo
da aqui que en mi casa.
GABRIEL. Pues
yo os guiaré.
AQUILINO. Ya te sigo.
GABRIEL. Clarita, si es Orendana,
que me avisen. (*Vanse.*)

ESCENA V.

DOÑA CLARA. JUAN. Luego DON GONZALO.

CLARA. (*Sola.*) ¡Ay, Dios mio!
A verle voy... De temor,
de gozo apenas respiro.
JUAN. (*Sale y anuncia.*)
Don Gonzalo de Orendana.

CLARA. Pase adelante.
GONZALO. (*Saliendo.*) ¡Qué miro!
¡Clarita! (*Saluda.*)
CLARA. (*Saludando.*) ¡Amigo...!—Avisad (*A Juan.*)
luego á mi hermano.
GONZALO. Os suplico
no le incomodeis.
CLARA. Tendrá
sumo placer...
GONZALO. Ya le he visto;
y en tan grata compañía
goza, esperando, un amigo.
(*Vase Juan.*)
CLARA. ¿Luego lo sois siempre?
GONZALO. En esto
la duda es agravio.
CLARA. Estimo
tanta fineza... Sentaos.
GONZALO. Permitid...
(*Da una silla á doña Clara y él toma otra.*)
¡Qué nuevo hechizo
han derramado los cielos
en ese rostro divino!
Años há que en triste ausencia
privado de vos suspiro,
y vuestra beldad con ellos
en perfeccion ha crecido.
Esos ojos me parecen
mas tiernos, mas espresivos,
y hora sus rayos añaden
nuevo ardor á mi cariño.
CLARA. Bien se ve que el cortesano
lenguaje habeis aprendido,
pues el labio lisonjero
es del pecho tan distinto.
Tambien vos, si no me engaño,
mudanzas habeis tenido...
No hablo, no, de las que elevan
tan alto vuestros destinos,
y por las que cordialmente,
caballero, os felicito...
Mas á par de la fortuna,

vuestro amor tambien ha ido,
ella subiendo á los cielos,
él bajando hasta el abismo.

GONZALO. ¡Qué injusta sois...! Es verdad:
en medio del torbellino
que hoy arrastra mi existencia,
ni siquiera yo á mí mismo
me pertenezco... Mil veces
me es fuerza dar al olvido
mis mas íntimos afectos,
hasta mi dicha... Albedrío
no tiene el que como yo
se halla al triste carro uncido
de este afanoso gobierno
al que como esclavo sirvo.
Pero no dudeis que aqui
viven siempre mis amigos,
y siempre...

CLARA. No os apureis:
disculpas no necesito:
ni soy tan necia que ignore,
por mas que duela el decirlo,
lo que va de ayer á hoy,
lo que hay desde el pobre al rico.
Quien es ya tanto, y mañana
tal vez se vea ministro,
mal puede, ni bien le está,
guardar afectos mezquinos.

GONZALO. No asi, Clara, os humilleis:
tan brillantes atractivos,
para quien sabe apreciarlos,
hasta de un trono son dignos.

CLARA. Lisonjero estais... y advierto
que escaso siendo en escritos,
sois en las palabras largo.

GONZALO. Lo direis porque...

CLARA. Lo digo
porque algo de eso pudierais
en el papel haber dicho;
y el que ausente calla tanto,
siendo tan ponderativo,
prueba muy poco de amante,

y mucho de olvidadizo.

GONZALO. Suele el sol, bien lo sabeis,
bajo la tierra escondido,
en noche larga y oscura
hacer olvidar su brillo;
mas luego que en la mañana
bello, ardiente, puro y limpio,
se alza sobre el horizonte
con resplandores mas vivos,
con nuevo ardor nos postramos
ante sus rayos divinos.
Noche ha sido vuestra ausencia,
fué olvidaros desatino;
mas sale el sol otra vez,
y ante él otra vez me rindo.

CLARA. ¿Poeta os habeis tornado?
Permitid que os diga, amigo,
que amor que asi de metáforas
anda á caza, no es cariño.
Mas siguiendo la alusion,
tambien cuando al cielo miro,
encuentro en la noche estrellas,
y una luna cuyo disco
con luz apacible y grata
reemplaza al sol escondido.

GONZALO. Pero ante él desaparecen
luego que...

CLARA. ¿Con que adivino?
¿Luna ha habido?

GONZALO. Por Dios, Clara,
dejemos... Os lo repito:
los negocios, mis deberes,
fueron tan solo el motivo...

CLARA. Turbado estais.

GONZALO. No por cierto...
Pero...

CLARA. Mi hermano. (*Se levantan.*)

ESCENA VI.

DICHOS. DON GABRIEL.

GABRIEL. Querido,

¿tú aqui? No me han avisado.

CLARA. Lo mandé; pero no quiso.

GONZALO. En tan bella compañía...

GABRIEL. ¿Bien puede esperarse?

GONZALO. Fijo.
De verla estoy admirado.
¡Cuánto, amigo, ha embellecido!
Hecha está un angel.

GABRIEL. Lisonja.
¿Vienes á comer conmigo?

GONZALO. Sin duda: lo prometí;
y á no llamarme el ministro...

GABRIEL. Tambien estan convidados
unos amigos antiguos.

GONZALO. Me alegro. Recordaremos
el dulce tiempo en que niños,
tal vez, con menos grandezas,
mucho mas dichosos fuimos.

GABRIEL. Bien dicho.—¿Está ya la mesa? (*A Clara.*)

CLARA. Algo falta.

GABRIEL. Pues prontito:
vé sin tardanza á avivar...

CLARA. Luego estará todo listo;
pues quiero quede prendado
de mi esmero nuestro amigo. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DON GONZALO. DON GABRIEL.

GONZALO. ¡Divina!

GABRIEL. Suspenso estás.
¿Qué es lo que asi te distrae?

GONZALO. Perdona, amigo; admiraba
aquel garbo, aquel donaire...

GABRIEL. ¡Bien por Dios! Para un ministro,
ó poco menos, es grave
la ocupacion.

GONZALO. ¿Por ventura
el tierno afecto olvidaste
que en otro tiempo...

GABRIEL. ¿Quién piensa
ya en delirios semejantes?

Amor de niños es flor
temprana que por la tarde
ya está marchita.

GONZALO. ¿Y no queda
nada?

GABRIEL. (*Apretándole afectuosamente la mano.*)
Amistad... y es bastante.

GONZALO. ¡Ah, Gabriel!

GABRIEL. ¿Qué?

GONZALO. ¡Cuál te engañas!
Aun tal vez ese amor arde.

GABRIEL. Entonces, lo siento, amigo:
tendré otra vez que ausentarme.

GONZALO. ¿Qué dices?

GABRIEL. Que consentir
en tu afecto no me es dable.

GONZALO. ¿No...? ¿Por qué?

GABRIEL. Tu posicion...
la nuestra...

GONZALO. ¿Ese agravio me haces?
¿Cabe en mí tan necio orgullo?

GABRIEL. No... mas otras causas...

GONZALO. ¿Cuáles?

GABRIEL. Respóndeme con franqueza.
¿Puedo sin temor confiarte
la dicha de Clara?

GONZALO. Y qué,
¿dudas?

GABRIEL. Ya que haces alarde
de esa pasion... ¿es la sola
por la cual tu pecho late?

GONZALO. ¿Qué dices?

GABRIEL. Nadie el origen
de tu suerte ignora, nadie.
Dicen que cierta condesa...

GONZALO. ¡Cielos!

GABRIEL. ¿Te turbas?

GONZALO. ¡Infames!
Y ¿han osado...?

GABRIEL. ¿Con que es cierto?

GONZALO. Pues bien... no quiero ocultarte...
Es cierto... sí.—Bien te acuerdas;

llegué á Madrid miserable,
sin apoyo en mi desgracia,
ni esperanza en mis afanes.
Un acaso — largo fuera
este suceso contarte —
me dió luego á conocer
á esa muger... Era un angel
para mí entonces... Hermosa,
tierna, sensible y amante,
en el abismo en que estaba
me tendió mano amigable.
No sé si fué gratitud,
si fué amor... si tuvo parte
la ambicion... ello es que en breve
á sus pies logró postrarme.
Perdona, amigo, perdona:
no estaba Clara delante.

GABRIEL. Y ¿dura ese lazo?

GONZALO. Dura
por mi mal.

GABRIEL. ¿Ya te cansaste?

GONZALO. Esa cadena ominosa
me es pesada, insoportable.
Quiero romperla, y no puedo:
la gratitud me retrae.
Y sin embargo, es preciso.
Esa muger tan amable
en otro tiempo, es ahora
un cruel tirano que atarme
pretende al yugo, y juguete
de sus caprichos me hace.
Por ella he de respirar:
mi voluntad sujetarse
debe á la suya: su antojo
hasta en los negocios graves
del gobierno, ha de ser ley
ante la cual todo calle.
Vana, imperiosa, no quiere
amor: quiere que me arrastre
á sus plantas, que la sirva,
y ella despótica mande.

GABRIEL. ¡Ah! ¿compraste tu fortuna

con tan torpe vasallage?
¡Infeliz!

GONZALO. Infeliz, sí...
Y ¡si estas penas bastasen!
Pero hay otras...

GABRIEL. ¡Otras!

GONZALO. Todos
me envidian... ¡Necios...! No saben
que este oropel que deslumbra
capa es solo de pesares.

GABRIEL. ¿Qué escucho...? ¡Tú!

GONZALO. Fiel amigo,
ahora á tí mi pecho se abre.
Alli donde acaso piensas
me cercan felicidades,
nada veo, nada alcanzo,
que mi existir no acibare.
¿Tengo riquezas...? son pocas.
¿Empleos...? miro delante
otros mas altos, y es fuerza
que en asaltarlos me afane.
Tú solo ves los honores
que logro... yo, miserable,
solo para el que me falta
ojos tengo perspicaces.

GABRIEL. ¿Hay alguno, por ventura,
que el cardenal no te alcance?

GONZALO. ¡El cardenal! ¿Piensas tú
que con él estoy en auge?
Te engañas... Pronto en mandar,
es tardo en recompensarme.
¿Podrás creerlo? Ayer mismo,
tras un trabajo importante,
le pedí... lo que ya tienen
otros mil que nada valen...
un hábito, una encomienda...
pues me la negó el infame.

GABRIEL. Pero...

GONZALO. Sé que me aborrece;
y es que teme le reemplace.
Hace bien... no estoy muy lejos...
¿Hemos de dejar nos mande

siempre un estrangero, el hijo
de un hortelano, de un nadie?
No, no consiente el orgullo
español que asi le ultrajen.

GABRIEL. No lo consiente... Y ya es fuerza
que ese valimiento acabe.
Y acabará, no lo dudes...
Yo sé que no está distante.

GONZALO. ¡Cómo...! ¿Qué dices...? ¿Acaso
sabes algo..? Di... no tardes.

GABRIEL. Sí, algo sé... Tú eres mi amigo,
y es preciso que te salve.

GONZALO. ¡Salvarme...! ¿A mí...? ¿Qué hay...? Por Dios,
¿qué riesgo puede cercarme?

GABRIEL. Escucha... De ese ministro
los desacertados planes
han sublevado en su daño
á toda Europa.

GONZALO. No obstante,
le temen.

GABRIEL. Francia, Inglaterra,
han resuelto derribarle.

GONZALO. Mas tiene el favor del rey.

GABRIEL. El rey cede á los embates
de su confesor.

GONZALO. ¿Qué dices?

GABRIEL. Han sabido ya ganarle.

GONZALO. Pero mientras de la reina
el apoyo no le falte...

GABRIEL. Faltará.

GONZALO. No puede ser.

GABRIEL. Ténlo por cierto.

GONZALO. Y ¿si cae
Alberoni?

GABRIEL. Mucho temo
que en su caida te arrastre.

GONZALO. ¡Cielos!

GABRIEL. Únete á nosotros;
es el medio de salvarte.

GONZALO. Pero ¿cómo?

GABRIEL. Con mi pluma
pienso empezar el combate.

En una memoria debo
hacer presentes los males
que ese imprudente ministro
causa á España... Puedes darme
los datos y documentos
que para hacerla me falten.
Nuestros amigos sabrán
este servicio importante.
Conservarás tu destino...
Y aun tal vez... En este lance
mas de una secretaría
habrá de quedar vacante...
Y tus talentos, tu celo...
Mas gente viene... Esta tarde
podremos de sobremesa
tratar... ¡Cuento con que guardes
este secreto!

GONZALO. Bien puedes
tener confianza en que calle.

ESCENA VIII.

DICHOS. DON LOPE. DON AQUILINO.

GABRIEL. ¡Ah! nuestros amigos son.

AQUILINO. (*Aparte, al salir, guardando un papel.*)
(Ya escribí mi memorial:
la letra no salió mal.)

LOPE. (Allí está... ¡Qué farfanton!)

GABRIEL. ¿Los conoces? (*A don Gonzalo.*)

GONZALO. Tengo idea...

AQUILINO. Soy Aquilino.

GONZALO. Sí, sí.
¡Oh! bien te conozco á tí.
¿Estás bueno?

AQUILINO. (¡Aun me tutea!)
Famoso... Y ¿vos?

GONZALO. ¿Cómo, vos?
¿Qué modo de hablar es ese?

AQUILINO. ¿Cómo quereis que me esprese?

GONZALO. ¡Eh! tú por tú, vive Dios.

AQUILINO. ¡Tú por tú...! ¡Modelo insigne

:

de amistad!

GONZALO. Dame un abrazo.

(*Se abrazan los dos.*)

AQUILINO. ¡Dulce, delicioso lazo!
¡Que todo un mayor se digne...!

GONZALO. (*Reparando en don Lope.*)
Mas ¿no es Lope?

LOPE. El mismo soy.

GONZALO. ¡Calle! Parece salido
de un cuadro viejo.

LOPE. Vestido
segun se me antoja voy.
¡Bueno es que han de criticar...!

GONZALO. ¿Siempre mal genio, gruñon?

LOPE. Pero sano el corazon.

GONZALO. Y ¿te estás sin abrazar
á tu amigo?

LOPE. ¡Vaya en gracia!

(*Se abrazan.*)

La verdad, yo te creía
mas engreido.

GONZALO. Podria
estarlo... Tu perspicacia
conoce bien que en el puesto
á que me encuentro elevado,
de mil honores cercado,
pudiera hallar un pretesto
para... Mas no: ni el favor
del ministro, ni el respeto
de que do quier soy objeto;
ni aun el brillo seductor
de una corte que me aclama,
y porque tal vez augura
ya mi grandeza futura
alza á los cielos mi fama;
nada de esto vanidad
infundir puede á mi pecho,
cuando me hallo satisfecho
en brazos de la amistad.

LOPE. (¡Ay, ay, ay! Fuí una bestia
en creer... Todo al revés;
su orgullo pasa al través

de su fingida modestia.)

GONZALO. De esta importuna distancia
que nos aleja, á pesar,
¡cuán grato me es renovar
los recuerdos de la infancia!
¡Dichosa edad! Aun presentes
tengo en la memoria mia
sus palabras, su alegría,
y sus juegos inocentes.

AQUILINO. Enternecido me siento,
y lloro como un chiquillo.

GONZALO. ¡Cuál aquel tiempo sencillo
lleno estaba de contento!

AQUILINO. (Favorable es la ocasion:
le hallo propicio, jovial...
Desenvaino el memorial,
y entablo mi pretension.)
(*Alto, sacando su solicitud del bolsillo.*)
Amigo, si me atreviera...

GONZALO. ¿Qué es eso?

AQUILINO. Es un papelito.

GONZALO. ¡Un papel!

AQUILINO. Sí... me permito...
ya que tu amistad sincera
me da aliento... pretender...

GONZALO. ¡Solicitudes! ¡Qué horror!
Aprovechemos mejor
este instante de placer.
Fuera negocios... Pensemos
solamente en la amistad
que nos une; y por piedad,
los papelotes dejemos.

AQUILINO. Con todo, no estorbaria
echártelo en el bolsillo:
es para cierto empleillo...

GONZALO. ¡Quita allá...! ¡Qué tontería!
Desde mañana podreis
ir á mi casa: sus puertas
para vosotros abiertas
á cualquier hora hallareis.

AQUILINO. ¡Qué amabilidad! ¡qué agrado!

GONZALO. Ya que al fin os vuelvo á ver,

no acibareis el placer
de encontrarme á vuestro lado.

AQUILINO. (Ya de tan bueno se pasa.
¿Qué le costaba tomar...?
Guardemos... Sin mas tardar
iré mañana á su casa.)

(*Guarda otra vez el memorial en el bolsillo.*)

ESCENA IX.

DICHOS. DOÑA CLARA.

CLARA. Señores, cuando gusteis;
la sopa está-ya en la mesa.

LOPE. ¡Oh! Santa palabra es esa.

GABRIEL. Vamos luego.

GONZALO. (*Ofreciendo la mano á doña Clara.*)
Si gustais...

CLARA. Gracias. (*Aceptándola.*)

GONZALO. (*Dirigiéndose á la puerta con doña Clara.*)
Con vuestra licencia.

AQUILINO. ¡Qué fino...! Mas ¡voto á tal!
¡no tomar mi memorial!
Vamos á comer... ¡Paciencia!

Acto segundo.

Sala adornada con suma elegancia. Puerta á la derecha del actor, por la cual se entra de la calle. Otra puerta al foro que da paso á las habitaciones interiores de la casa. A la izquierda otras dos puertas: la una es la del gabinete de don Gonzalo, y la segunda, mas hácia el foro, da á una habitacion reservada. Mesa con escribania. Entre las dos puertas de la izquierda, un tremó con mesa ó chimenea, y un reloj. Esta decoracion sirve para los demas actos. Al principio de éste se ven, sobre algunas sillas, la casaca, el sombrero, el espadin y los guantes de don Gonzalo.

ESCENA PRIMERA.

DON LOPE. DON AQUILINO. TORIBIO.

(*Estan los tres disputando á la entrada.*)

TORIBIO. Que no está el amu les digu.
AQUILINO. Amiguito, yo bien sé
que está en casa.
TORIBIO. Está y no está:
segun y conforme, pues.
AQUILINO. Somos muy amigos suyos.
TORIBIO. Amigus tiene á granel.
AQUILINO. Nos ha mandado venir.
TORIBIO. Esu podrá muy bien ser.
AQUILINO. Pues entonces...
TORIBIO. Ya me enfadu:

en la antesala se esten.

LOPE. ¡Eh! vámonos. De ese bruto
no has de sacar nada.

AQUILINO. ¡Qué!
Si es muy amable. ¿No es cierto?

TORIBIO. Y ¿qué se le importa á él?

AQUILINO. Mucho que sí... Con que...

TORIBIO. Atrás,

AQUILINO. Sí, aqui estaremos...

TORIBIO. ¿Non ven
que este es el cuartu del amu?

AQUILINO. Por lo mismo.

TORIBIO. ¡Qué moler!
Atrás digu.

AQUILINO. ¿Qué mas da?

TORIBIO. ¿Si agarru una tranca?

ESCENA II.

DICHOS. FRANCISCO.

FRANCISCO. ¡Eh!
¿Qué es eso?

TORIBIO. Estus hombres...

FRANCISCO. ¿Cuando
aprenderás á tener
crianza?

TORIBIO. Es que...

FRANCISCO. Estos señores
se dice, bárbaro.

AQUILINO. Bien.
Este es otro hombre. (*A Lope.*)

TORIBIO. Es que dale
con que han de entrar.

AQUILINO. Ya se ve
que sí... Somos amigotes
de don Gonzalo; y porque él
lo ha dicho, venimos.

TORIBIO. Comu
si non dijera á otros cien
lo mismu, y jamas...

FRANCISCO. ¡Eh! Calle.

¿Pues se habian de atrever
personas de tan buen porte
á decir lo que no es?

AQUILINO. Ya se ve que no.

FRANCISCO. Yo creo
que amigos deben de ser
pues lo dicen.

AQUILINO. Y muy grandes.

FRANCISCO. Ni el amo puede ¿entendeis?
cosas que no ha de cumplir
á ninguno prometer.

AQUILINO. Este sí que es buen criado.

FRANCISCO. Mas yo espero que á su vez
se harán cargo estos señores
de la razon, y esponer
no nos querrán á que el amo
nos reconvenga... Asi, pues,
no estando hoy su señoría
visible, les rogaré
que dispensen y que vuelvan
mañana... pasado... — ¿Ves, (*Bajo á Toribio.*)
majadero? Esto es hablar.

AQUILINO. Sí... pero...

TORIBIO. (¿Tiene un aquel!)

AQUILINO. Veo visiones.

LOPE. Lo dije:
¡si esto tenia que ser!

FRANCISCO. (*Empujándolos hácia la puerta.*)
Con que, señores...

AQUILINO. Oid...
un momento...

FRANCISCO. No podré...

LOPE. ¡Hacerme venir para esto!
Hecho estoy un Lucifer.
Tú tienes la culpa. (*A Aquilino.*)

AQUILINO. ¿Yo?
Pero le aseguro á usted
que él mismo...

FRANCISCO. Sí... no lo dudo...
lo creo... Mas mi deber...
mi responsabilidad...
Lo siento... pero otra vez...

Tened la bondad... Yo mismo
á acompañaros saldré...

(*Los continúa acorralando hácia la puerta con muchas cortesías.*)

AQUILINO. Mil gracias... lo estimo... ¿Cuándo
podremos...?

FRANCISCO. Cuando gusteis.
Bésoos la mano... Id con Dios...
Que volvais celebraré.

(*Los echa fuera, y les da con la puerta en la cara. Se vuelve luego con aire de importancia hácia Toribio.*)

Ya lo has visto, majadero;
esto se llama tener
buen modo. Con todo el mundo
gastar palabras de miel;
adquirir reputacion
de bien hablado y cortés.
¿Sueltan la mosca? Adelante.
¿No sueltan? Hasta mas ver.
Se sirve al que da: al que no,
lo que con estos.

TORIBIO. Muy bien.
Aprenderéla.

FRANCISCO. No olvides
la leccion... Y hasta despues. (*Vase Toribio.*)

ESCENA III.

DON GONZALO. FRANCISCO.

(*Sale Orendana con bata.*)

GONZALO. ¿Y bien, Francisco?

FRANCISCO. Señor...

GONZALO. ¿Ha venido don Gabriel?

FRANCISCO. No, señor.

GONZALO. Pues en viniendo,
que entre al momento.

FRANCISCO. Está bien.

(*Vase Francisco.*)

ESCENA IV.

DON GONZALO. (*Se sienta.*)

Impaciente ya le espero.
Con los datos que le he dado
la memoria habrá acabado.
El tiro será certero.
Sí, sí, señor cardenal,
yo me vengaré de vos,
puesto que osais, vive Dios,
premiar mi celo tan mal.
¿La encomienda me negais?
Favor con favor se paga:
vereis cuán presto se apaga
ese brillo que ostentais;
y luego que el puesto ocupe
do estais, deciros podré:
lo que por vos no alcancé,
por mí conquistarlo supe.
Roto habeis con tal desprecio
de un vil respeto la traba;
antes mi ambicion dudaba,
dudar ya fuera ser necio.
Subamos... Mas la condesa
toda mi dicha acibara...
¡Ah! solo aqui, ya de Clara
llevo la imagen impresa...
¡Qué hermosa estaba! Al mirar
su hechizo, mi corazon
volvió á la antigua pasion...
¡Cómo la pude olvidar!
Y ella me ama todavía,
bien ayer lo conocí...
Necio, alejemos de mí...
Tal pasion me perderia.
¡Yo amar...! ¡Atroz desatino!
Medraré sin duda alguna,
si andando tras la fortuna
amor me sale al camino.

ESCENA V.

DON GONZALO. DON GABRIEL. FRANCISCO.

FRANCISCO. Don Gabriel de Solís. (*Anunciando.*)
GONZALO. (*Levantándose.*) Bueno,
que entre al punto.
(*Vase Francisco: sale don Gabriel.*)
Te esperaba,
amigo, con impaciencia.
Y bien, ¿tienes acabada
la memoria?
GABRIEL. Aquí la traigo.
Mira. (*Saca un cuaderno.*)
GONZALO. Muy bien.
GABRIEL. Algo larga;
pero...
GONZALO. No importa: el asunto
lo exige: tela cortada
aun habria para mas.
GABRIEL. He querido antes de darla
á la prensa, que despacio
la leas.
GONZALO. Pues sin tardanza
vamos...
GABRIEL. No: lejos de aquí
cierto negocio me llama.
Quédate con ella: á solas
podrás luego examinarla.
GONZALO. Mejor será... ¿Dónde piensas
imprimirla?
GABRIEL. Pienso en Francia.
GONZALO. Sé de una imprenta secreta
donde con toda confianza
podrás...
GABRIEL. ¿Sí? Pues lo prefiero.
GONZALO. Yo hablaré al dueño.
GABRIEL. Y ¿quién saca
la copia? Pues no quisiera
que mi letra...
GONZALO. Es cierto.
GABRIEL. Aguarda...

Acaso nuestro Aquilino...
GONZALO. Tienes razon.
GABRIEL. Con la gracia
que tiene... Ya sabes.
GONZALO. Sí:
la que ayer tarde contabas.
GABRIEL. Fuera de ser muy callado,
ni aun notará...
GONZALO. ¡Cosa rara!
En fin, mejor que otro alguno
será él... ¿Sabes su casa?
GABRIEL. Él y Lope estan ahí.
GONZALO. ¿Han venido?
GABRIEL. Se marchaban;
mas yo los hice volver;
esperan en la antesala.
GONZALO. Muy bien.
GABRIEL. Hasta luego.
GONZALO. Abur.
GABRIEL. ¡Ah! toma: se me olvidaba
volverte...
GONZALO. ¿Los documentos?
GABRIEL. Y tus notas.
GONZALO. Bueno... ¿Nada
se ha estraviado?
GABRIEL. No... A Dios. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DON GONZALO. FRANCISCO.

GONZALO. ¡Francisco!
FRANCISCO. ¡Señor!
GONZALO. Que traigan
el chocolate.
FRANCISCO. Voy luego.
GONZALO. ¡Ah! Dos sugetos que aguardan
ahí fuera...
FRANCISCO. Es verdad... Dijeron
que es usía quien los llama.
GONZALO. Sí... Que entren luego.
(*Vase Francisco. Don Gonzalo se sienta y se pone á leer el manuscrito.*)

Veamos
cómo empieza. — Buena entrada:
me gusta... Tiene una pluma
este buen Solís que pasma.

ESCENA VII.

DON GONZALO. DON LOPE. DON AQUILINO. FRANCISCO.

(*Don Gonzalo continúa leyendo sin reparar en nada. Don Aquilino y don Lope salen sin hacer ruido.*)

AQUILINO. Al fin logré colarme,
y es preciso con gracia presentarme;
que aunque es tan buen amigo,
siempre de urbanidad las reglas sigo.
LOPE. ¡Que tan débil yo sea,
que aqui cual pretendiente hora me vea,
tan solo por seguirte!
AQUILINO. Hazme el favor, amigo, de no irte;
pues tengo el genio corto,
y en viéndome solito ya me corto.
LOPE. ¡Nos recibe sentado!
AQUILINO. En algun grave asunto está engolfado.
GONZALO. (¡Qué lógica! ¡qué estilo!) (*Leyendo.*)
LOPE. ¡Ni aun repara en nosotros!
AQUILINO. En un hilo
tengo el alma... Es forzoso
acercarme... ¡Amiguito!
GONZALO. (*Leyendo.*) (¡Primoroso!)
AQUILINO. ¡Gonzalo!
GONZALO. (¡Es un portento
este trozo!)
AQUILINO. ¡Amiguito!
LOPE. (*Tomando una silla.*) Yo me siento.
AQUILINO. ¿Qué haces, hombre...? Hazte cargo...
LOPE. Aguardo á que despierte del letargo.
GONZALO. ¿Quién es...? ¡Ah! Buenos dias,
Aquilino... Pensé que no venias.
AQUILINO. ¿Yo no venir? ¡Oh cielo!
Cuando era el verte mi mayor anhelo.
GONZALO. ¿Y Lope?

LOPE. Está presente.
GONZALO. ¡Ah! (*Reparando en él y admirándose de verle sentado.*)
LOPE. Felices, amigo.
GONZALO. (*Aparte.*) (¡Impertinente!)
Siéntate. (*Con ironía.*)
LOPE. Por si es pulla,
lo estoy... No he de quedarme como grulla.
(*Sale Francisco con el chocolate y le coloca sobre la mesa.*)
FRANCISCO. ¡Señor!
GONZALO. Bien. — Con permiso.
(*A Lope y á Aquilino.*)
¿Si gustais...?
AQUILINO. Buen provecho.— (Ahora es preciso,
pues la ocasion es buena,
cogerla sin tardar por la melena.)
(*Don Aquilino saca su memorial. Don Gonzalo sigue tomando el chocolate sin hacer gran caso de los dos amigos.*)
GONZALO. Y bien, amigos mios,
¿qué hay de bueno?
LOPE. No sé. (*Con sequedad.*)
AQUILINO. Con estos frios
el estanque se ha helado.
LOPE. ¡Gran novedad! ¿Y no se ha publicado
en la Gaceta?
AQUILINO. (*Aparte.*) (El pliego
es este... Antes que acabe se le entrego.)
¡Amigo...!
GONZALO. Y de la guerra,
¿qué dicen por ahí? ¿Con Inglaterra
habrá paz?
AQUILINO. Dios lo haga.
¡Oh! ¡la guerra! ¡la guerra! ¡es una plaga!
Aqui traigo...
GONZALO. Sospecho
que eres un estadista de provecho.
AQUILINO. Sí... Con esa confianza...
GONZALO. ¿Y qué hablan de la cuadruple alianza?
AQUILINO. ¿La cuadruple?
LOPE. Si ignora...

AQUILINO. Dicen que está muy buena esa señora.
(*Se echan á reir don Gonzalo y don Lope.*)
¡Qué demonios de risa!
(Ya acabó.)
(*Don Gonzalo acaba de tomar el chocolate, se levanta y dice á Francisco:*)
GONZALO. Vamos tú, vísteme á prisa.
Perdonad la franqueza:
os trato como amigos.
AQUILINO. ¡Qué llaneza!
LOPE. Esto pasa de raya.
AQUILINO. (Y no le entrego el memorial... ¡mal haya...!)
GONZALO. ¡Qué torpe estás, maldito! (*A Francisco.*)
AQUILINO. Te ayudaré, si quieres, un poquito.
(*Le ayuda á ponerse la casaca.*)
GONZALO. Gracias.
AQUILINO. He sido page.
GONZALO. El espadin.
FRANCISCO. No le hallo. (*Buscándole.*)
GONZALO. ¡Qué corage!
AQUILINO. No te enfades por eso.
Toma. (*Cogiéndole de donde está, y dándosele.*)
LOPE. (*Aparte.*) (Para eso sirve este camueso.)
GONZALO. Eres muy buen muchacho.
AQUILINO. Siempre fuí servicial y vivaracho.
(¡Ó cuánto tiempo pierdo...!
Entreguemos...)
GONZALO. Ahora que me acuerdo:
si no me han engañado,
tienes muy buena letra.
AQUILINO. La he cursado
bastante. ¿Quieres verla?
Aqui traigo... (*Le da el memorial.*)
GONZALO. Muy bien.
AQUILINO. Soy una perla
para esto de...
GONZALO. Me agrada.
AQUILINO. Con tanta habilidad no gano nada.
GONZALO. ¿Quieres ser mi escribiente?
LOPE. ¡Famoso empleo!
AQUILINO. No hay inconveniente...
GONZALO. Casa tendrás, y mesa;

cien doblones al año; y la promesa
te hago de un buen empleo.
AQUILINO. Colmas con eso, amigo, mi deseo.
GONZALO. Pues quedas instalado.
Luego que haya este escrito revisado
una copia pretendo
que saques al instante.
AQUILINO. Eso corriendo.
Ya soy feliz, amigo. (*A Lope.*)
LOPE. Te doy la enhorabuena.
GONZALO. A Dios.
AQUILINO. ¿Te sigo?
GONZALO. No... Mas escucha. (*Volviendo.*)
AQUILINO. Escucho.
GONZALO. Eres mi amigo.
AQUILINO. Sí.
GONZALO. Te quiero mucho.
Pero ya te haces cargo
que entre los dos ahora el trecho es largo.
Sin ser yo vanidoso,
guardar cierto decoro me es forzoso;
y oyera criticarme
si te vieran aqui de tú tratarme.
AQUILINO. ¡Ah!
GONZALO. Desde este momento
acostúmbrate á darme el tratamiento.
No es cosa tan molesta,
y decir señoría poco cuesta.
AQUILINO. Ya... ya...
LOPE. Dios guarde á usía,
mi señor don Gonzalo.
GONZALO. (*Volviendo y con despego.*) ¡Ah! no advertia...
Abur... Sabes la casa:
cuando gustes venir...
LOPE. (La ira me abrasa.)
GONZALO. Como ahora lo has sido
en ella serás siempre recibido. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DON LOPE. DON AQUILINO.

(*Don Lope furioso, y don Aquilino muy contento, pasean con paso largo la escena, cruzándose repetidas veces.*)

LOPE. Estoy volado, furioso.
AQUILINO. Ya tengo, en fin, lo que quiero.
LOPE. ¡Estos los amigos son!
AQUILINO. ¡Qué hombre tan noble, tan bueno!
LOPE. ¡Recibirnos de este modo!
AQUILINO. ¡Darme á mí tan buen empleo!
LOPE. ¡Tratarnos con tal orgullo!
AQUILINO. ¡Su escribiente nada menos!
LOPE. ¡Tengo una rabia!
AQUILINO. ¡Con casa!
LOPE. Me da intencion...
AQUILINO. ¡Y el cubierto!
LOPE. Es un vil.
AQUILINO. ¡Y cien doblones!
LOPE. ¡Ó qué furor!
AQUILINO. ¡Qué contento!
LOPE. (*Asiendo fuertemente por el brazo á Aquilino.*)
¿No es verdad que es un tunante,
un mal hombre, di, no es cierto?
AQUILINO. ¿Quién?
LOPE. Orendana.
AQUILINO. No tal:
es amigo verdadero.
LOPE. ¿Estás satisfecho de él?
AQUILINO. Sí, lo estoy: muy satisfecho.
LOPE. Anda; que eres un pobre hombre.
AQUILINO. Poco á poco, caballero:
no hay que insultarme. Yo soy...
LOPE. Un cuitado.
AQUILINO. ¿Cómo es eso?
LOPE. Un mentecato.
AQUILINO. ¡Cuidado!
LOPE. Un tonto.

AQUILINO. ¡Por vida!
LOPE. Un necio.
AQUILINO. Como me llegue á enfadar...
LOPE. Merecias...
AQUILINO. ¿Qué merezco?
LOPE. Ser...
AQUILINO. ¿Qué?
LOPE. ¿Lo digo?
AQUILINO. Sí: dilo.
LOPE. Escribiente no: portero. (*Vase.*)

ESCENA IX.

DON AQUILINO, solo.

Ya se ve que lo sería,
y á dos manos tomaría,
sin que me importase un rábano,
el ser portero mayor:
que es empleo de provecho,
y entre velas de desecho,
papel, gages, y otras cúbicas,
hecho estuviera un señor.
Mas aqui tengo mi avío:
¡ó qué fortunon, Dios mio!
Salióme esta vez mi cálculo,
y Dios me ha venido á ver.
Aunque el sueldo es algo exiguo,
que hay provechos averiguo;
y si entiendo la farándula,
podré triplicar mi haber.
Es una mina palacio;
¡y mi humilde cartapacio
con ministeriales rúbricas
tornárase un Potosí!
Sino, cuéntelo mi amigo:
él era un pobrete... y digo:
miren si con linda mónita
supo hacer su agosto aqui.
No tengo ambicion de gloria;
y dar vueltas á una noria
debe el que con bulla y trápala

:

aspira al favor real;
mas un empleito bobo
donde en mi silla me arrobo
y cobro puntual las nóminas,
es la dicha celestial.
Y si amor al fin me pica,
y encuentro una novia rica
brindándome con su tálamo
entre holandas y cambray,
me dormiré sin orgullo
de su voz al blando arrullo;
y olvidando al munto estólido
seré feliz si los hay.

ESCENA X.

DON AQUILINO. LA CONDESA.

CONDESA. (*Dentro.*) No importa, no, quiero entrar.
AQUILINO. Alguien se acerca... ¡Ay de mí!
una señora... Tomemos
un aire noble y civil.
CONDESA. (*Saliendo.*) No hay que avisarle.
AQUILINO. (¡Que lástima
que mi vestido esté asi!)
CONDESA. ¿Quién será este caballero?
AQUILINO. (¡Ó qué hermosa! ¡qué gentil!)
CONDESA. ¿Y don Gonzalo?
AQUILINO. Señora...
(¡Qué bien puesta!)
CONDESA. ¿No está aqui?
AQUILINO. Se halla en ese gabinete.
CONDESA. ¿Visible?
AQUILINO. No sé decir.
CONDESA. Ya; como no sois de casa...
AQUILINO. Yo... señora... permitid...
que os diga...
CONDESA. ¿Qué?
AQUILINO. Que lo soy.
CONDESA. Como nunca en ella os vi.
AQUILINO. Es verdad: hace un instante
me acaban de recibir.

CONDESA. ¿De criado?
AQUILINO. ¡Oh! no por cierto.
CONDESA. ¿De mayordomo?
AQUILINO. Subid;
pico mas alto.
CONDESA. ¿De qué?
AQUILINO. He estudiado, sé latin;
aun he arrastrado bayetas
allá en Valencia del Cid;
y nada menos, señora,
que un bachiller veis en mí.
CONDESA. (Este hombre es un mentecato.)
AQUILINO. (La anonadé.)
CONDESA. Pero al fin...
AQUILINO. De mi señor don Gonzalo
soy... (¿Cómo lo he de decir?)
secretario.
CONDESA. ¿Secretario?
AQUILINO. Secretario.—(Algo mentí;
mas debo honrar el destino:
todo al cabo es escribir.)
CONDESA. Pues os doy la enhorabuena.
AQUILINO. Yo la recibo, y *mercí*,
como dicen los franceses.
CONDESA. ¿Habeis estado en París?
AQUILINO. He servido á un diplomático;
y há tres años por Abril
que fuí con él de embajada
á la corte del rey Luis.
CONDESA. Pues sois, amigo, un estuche.
¿Donde os pudo descubrir
don Gonzalo?
AQUILINO. Hace ya tiempo
que nos conocemos.
CONDESA. ¿Sí?
AQUILINO. Hemos estudiado juntos;
y era tan diestro y sutil,
que él hacia las maldades,
y me pegaban á mí.
CONDESA. Lo creo.
AQUILINO. Por eso somos
uña y carne hasta morir.

CONDESA. ¡Hola! ¡Hola!
AQUILINO. Y así ayer
cuando á encontrarle volví...
CONDESA. ¿Ayer? Pues ¿en dónde?
AQUILINO. En casa
de don Gabriel de Solís
nuestro amigo.
CONDESA. No conozco...:
AQUILINO. Postigo de San Martin,
número seis.
CONDESA. ¡Qué me importa?
AQUILINO. Soy puntual en referir.
CONDESA. Mas ese Solís ¿quién es?
AQUILINO. Vino hace poco á Madrid.
CONDESA. ¿A qué?
AQUILINO. No sabré deciros.
Mas lo cierto es que comí
ayer con él y Orendana.
CONDESA. (¿Qué misterio es este...? ¡Él ir...!)
AQUILINO. Tiempo hacia ya que estábamos
separados. ¡Qué feliz
momento aquel! ¡Y cuán dulce
vernos juntitos allí!
Y porque nada faltase,
hasta una niña gentil
con dos ojos como soles
y un rostro de serafin.
CONDESA. (¡Una muger...! Si por ella...)
¡Cómo...! ¿Una jóven, decís?
AQUILINO. Sí.
CONDESA. ¿Bella?
AQUILINO. Divina.
CONDESA. ¿Y es?
AQUILINO. La hermanita de Solís.
CONDESA. ¡Su hermana...! Ayer la veria
por vez primera... ¿Es asi?
AQUILINO. ¡Qué! si se han criado juntos.
CONDESA. ¡Juntos!
AQUILINO. Y si he de decir
lo que siento... (Tente, lengua;
ya iba á charlar.)
CONDESA. Proseguid.

AQUILINO. Nada, nada.
CONDESA. Pero ¿qué?
AQUILINO. ¿Qué os importa á vos ni á mí?
CONDESA. Curiosidad... ¿Se querrán?
AQUILINO. ¡Eh! ¡eh! sería mentir...
CONDESA. ¿Con que se aman?
AQUILINO. Yo no digo
nada de eso.
CONDESA. Lo leí
en vuestros ojos.
AQUILINO. Mis ojos
mienten.
CONDESA. ¡Pérfido! ¡Hombre vil!
AQUILINO. (¡Qué afan por averiguar!)
CONDESA. No pienses que he de sufrir...
AQUILINO. (¿Qué mosca la pica?)
CONDESA. ¡Infiel!
¿Merece premio tan ruin
la condesa de Figueras?
AQUILINO. (¡La condesa...! Ahora sí
que la hice buena. ¡No es nada!
¡Su protectora...! ¡Ah, mastin!)
(*Se da de bofetadas.*)
CONDESA. ¿Qué haceis?
AQUILINO. Nada... Era una abispa.
CONDESA. Me he de vengar.
AQUILINO. ¡Por San Gil!
Aquello ha sido una chanza.
¡Tener él ese desliz!
Pues bonito es para... ¡Y ella!
No va el agua por ahí.
Y luego... no vale nada...
Es fea... Quiero decir...
fea no... pero... una cosa...
ni agua ni pescado... asi...
sosa... sin gracia... pues... eso...
sin gracia... ¡Vaya...! Si hay mil
leguas de distancia entre ella
y... (¡Jesus! Iba á añadir
otra necedad... Me embrollo...
En buen lío me metí.)

ESCENA XI.

DICHOS. DON GONZALO.

GONZALO. Iba en tu busca, Aquilino.
¡Ah! señora... permitid...
CONDESA. Por mí no os incomodeis.
GONZALO. Escucha.
AQUILINO. Ya escucho: di...
¡Ah! olvidaba..., diga usía.
GONZALO. (*Apartándole á un lado.*)
Hallarás con que escribir
en aquel cuarto... Al instante
del papel que ves aqui
me has de sacar una copia.
AQUILINO. Es la letra de Solís. (*Mirando el manuscrito.*)
GONZALO. Sí... calla... Es un documento
que importa no descubrir.
Conviene mucho el secreto.
AQUILINO. Ya sabes que yo...
GONZALO. Sí, sí;
por eso en tí solo fio.
No tardes.
AQUILINO. Me he de lucir.
Seis pliegos... Aunque no duerma,
esta noche les doy fin. (*Vase.*)

ESCENA XII.

LA CONDESA. DON GONZALO.

GONZALO. (¡Esta muger...! Su presencia
llega á serme insoportable.)
CONDESA. (Sí... lo conozco... es culpable.
Ya le turba la conciencia.)
GONZALO. (Si yo pudiera evitar...) (*Quiere irse.*)
CONDESA. ¿Qué es eso? ¿Os vais?
GONZALO. ¡Ah! señora...
Perdonad... Me llama ahora...
Necio he sido en olvidar...
CONDESA. ¡Olvidar! Defecto es ese
que hace algun tiempo os aqueja.

GONZALO. ¿A mí?
CONDESA. A vos.
CONZALO. ¡Injusta queja!
CONDESA. Harto justa, aunque me pese.
GONZALO. No sé...
CONDESA. ¿No? Pues entre ciento,
citaros puedo un olvido.
GONZALO. ¿Cuál?
CONDESA. El de ayer.
GONZALO. No he podido...
No me dejan ni un momento...
CONDESA. ¡Bravo chasco me llevé!
Yo que obsequiaros queria...
Todas mis galas lucia,
nuevo aderezo estrené...
La corte entera allí estaba:
hubo baile, se cantó...
Nada á la funcion faltó,
sino aquel por quien se daba.
GONZALO. Me detuvo el cardenal
despachando hasta muy tarde.
CONDESA. De embustero haceis alarde;
mas hora mentís muy mal.
GONZALO. ¡Cómo, señora...!
CONDESA. ¿Pues no?
¿Ignorais que su eminencia
la funcion con su presencia
honrar tambien se dignó?
GONZALO. No lo ignoraba... Por eso:
mientras él se divertia,
yo con mi deber cumplia;
y toda la noche preso...
CONDESA. Falso, traidor: tu mentira
de tu delito es la prueba.
¡Que á engañarme asi se atreva!
¿No temes mi justa ira?
GONZALO. ¡Oh, qué necia desconfianza!
CONDESA. ¿Quién te detuvo? ¿dó fuiste?
Lejos de mí ¿qué te hiciste?
Habla... pronto... ¡ah, qué tardanza!
GONZALO. Señora, por Dios, mirad...
CONDESA. ¿Piensas, infiel, que lo ignoro?

No, que tus pasos esploro,
y sé toda la verdad.

GONZALO. Abusais de vuestro imperio,
señora... Es cierto, un amigo
me detuvo ayer consigo,
y no hay en esto misterio.

CONDESA. Sí, don Gabriel de Solís.

GONZALO. El mismo... Pues lo sabeis...

CONDESA. Tarda confesion haceis;
y aun no todo lo decís.

GONZALO. ¿Qué mas...?

CONDESA. ¿No tiene una hermana?

GONZALO. Sí, tiene.

CONDESA. Jóven, hermosa...

GONZALO. Puede.

CONDESA. Tierna, cariñosa...

GONZALO. No sé.

CONDESA. Que á su yugo, ufana,
os sujetó...

GONZALO. ¿Teneis celos?
Vamos, eso es delirar.

CONDESA. Queréislo en vano negar.

GONZALO. Dejad tan necios recelos.

CONDESA. ¿No es fundado mi temor?
(*Con ironía.*)
Será esa niña un portento.

GONZALO. ¿Quién dice...?

CONDESA. Gracia, talento:
hecha, en fin, para el amor.

GONZALO. Por Dios...

CONDESA. Y ¡qué señorío
habrá en su talle, en su porte!
Vendrá á asombrar á la corte.
¿No es verdad...? ¡Ah! ¡ah! me río.

GONZALO. Pero...

CONDESA. Su aire provinciano
va á dar gran golpe en Madrid.
¿Cuándo veremos, decid,
á la hermana y al hermano?

GONZALO. Ya el sufrimiento me falta.
Bien está... Pues asi os plugo,
rompiendo mi odioso yugo,

toda mi bilis se exalta.
Libre, en fin, me miro ya;
y volviendo por mi honor,
lo que hasta aqui fuera amor,
odio, desprecio será.

CONDESA. ¿Qué decís?

GONZALO. La gratitud
no exige que me envilezca,
ni que á tal punto carezca
este pecho de virtud.
Mucho habeis hecho por mí,
no lo niego: proteccion,
generosa compasion,
y aun amor os merecí:
con vos mi deuda es inmensa,
mi voz do quier lo declara;
mas ya, cuando se echa en cara,
el beneficio es ofensa:
ni es el amor, en verdad,
digno de tenerse en cuenta,
si exigir en premio intenta,
en vez de amor, libertad.
Yo amor os dí, lo sabeis:
en ello escaso no he sido;
mas no amante, envilecido,
solamente me quereis.
Basta, pues, basta, por Dios:
nuestra suerte asi lo ordena:
rompamos tan vil cadena,
quedemos libres los dos.

CONDESA. Bien... muy bien... seguid... con calma...
lo veis... escuchando estoy...
oidos atenta os doy...
abrid con franqueza el alma.
Tuvísteis que fingir mucho...
ya el disimulo dejais...
Qué... ¿mas denuestos no hallais?
Proseguid... hablad... Ya escucho.

GONZALO. Señora, yo...

CONDESA. Mas ¿qué veo?
¡Bajas la vista, traidor!
¡Ah! mi venganza mayor

fuera cumplir tu deseo.
Pues bien, sí... libre te dejo
de esta bárbara opresion:
respire tu corazon...
¿Quieres mas...? De tí me alejo.
A Dios... Vive ya contento...
Mas oye... en tu compañía,
por tu infame alevosía,
te dejo el remordimiento.

GONZALO. ¡Ah!

CONDESA. Pues ¿qué piensas? ¿Asi
se engaña á una desdichada?
¿Asi se dice: no hay nada...
A Dios... no te conocí?
No, por mucho que se haga,
siempre el amor deja brecha:
podrá arrancarse la flecha,
pero allí queda la llaga.
Yo á un pérfido solo pierdo,
leve será mi dolor;
tú... no sentirás mi amor,
mas te ahogará mi recuerdo.

GONZALO. ¡Condesa!

CONDESA. Y ¡osas quejarte!
Y ¡osas hablar de opresion!
¡Opresion! Tienes razon;
pero dime, ¿de qué parte?
¿Qué te he pedido yo, ingrato?
Que me amaras, lo dijeras,
y que á mi lado estuvieras
en dulce amoroso trato.
¿Opresion esto se llama?
¡Ah! sí, lo es, y terrible;
mas opresion insufrible
solo para quien no ama.
¡Yo sí que he sido tu esclava!
Por conservar tu pasion,
halagaba tu ambicion,
tus gustos adivinaba.
¿Qué capricho, qué deseo
me has visto nunca negarte?
Solo servite, ensalzarte,

era mi afan, mi recreo.
Y ¿dices que no te amo?
Pues ¿qué es lo que he hecho por tí?
¿Qué son mis suspiros, di,
y este llanto que derramo?
¿Cuál interes me arrastraba?
¿Será entre afanes y menguas
el de mi honor puesto en lenguas
que antes tan puro brillaba?
Esta es, infiel, mi ganancia:
desprecio, infamia, rubor:
este el premio es de mi amor:
esto logra mi constancia.
Dichas, glorias y contento,
todo ha sido para tí,
solo me quedan á mí
llanto y arrepentimiento.

GONZALO. Por Dios, condesa, calmaos...
Si alguien entrase y os viera,
¿de vos, de mí que dijera?
Secad el lloro.

CONDESA. Apartaos.
Dejadme ya con mi pena:
no me hableis, hombre funesto:
os abomino, os detesto.

GONZALO. El despecho os enagena.
Lo confieso, me escedí...
Dije... lo que no sentia...
Dudábais de la fé mia,
y no fuí dueño de mí.
Dejad un vano recelo;
no dudeis de mi pasion:
es vuestro mi corazon;
cifro en vos mi único anhelo.
Ni otra beldad me enamora,
ni aunque agradarme lograra,
luego su imagen borrara
esa gracia encantadora.
Mi arrebato perdonad:
á vuestras plantas lo pido;
y solo aguardo rendido
una muestra de piedad.

CONDESA. (*Secando las lágrimas, y mirándole con sonrisa y cariño.*)
¿De veras?
GONZALO. ¿Aun lo dudais?
CONDESA. Mucho me habeis enojado.
GONZALO. De hoy mas será mi cuidado
complaceros.
CONDESA. ¿Lo jurais?
GONZALO. Lo juro.
CONDESA. ¿Y esa muger?
GONZALO. Tan solo como á una hermana
la miro... Y se irá mañana.
CONDESA. ¡Ah! no os debiera creer;
mas siempre es débil quien ama.
Tomad. (*Le da la mano, que él besa.*)
GONZALO. ¡Ah...! Secad á prisa
el llanto, y vuelva la risa
á avivar la muerta llama
de esos ojos.
CONDESA. Ya lo está...
Ya me río... estoy contenta...
¿Y vos?
GONZALO. La esperanza alienta
mi corazon... Ya no habrá
riñas, disturbios.

ESCENA XIII.

DICHOS. FRANCISCO.

FRANCISCO. Señor...
GONZALO. ¿Qué me quereis?
FRANCISCO. Su eminencia
reclama vuestra presencia.
GONZALO. Voy. —Os dejo con dolor;
pero cumplir es preciso...
CONDESA. Marchad.
GONZALO. (Esto me liberta...)
¡Hola! El coche.
FRANCISCO. Está á la puerta.
GONZALO. Si me dais vuestro permiso... (*A la condesa.*)
CONDESA. Le teneis.

GONZALO. Dame el sombrero... (*A Francisco.*)
los guantes.—¿Gustais, señora,
de un asiento?
CONDESA. Por ahora
ir en mi coche prefiero.
GONZALO. Como os plazca. ¿Si hasta él
gustais que os sirva?
CONDESA. Eso sí.
(*Don Gonzalo da la mano á la condesa.*)
GONZALO. (¡Siempre esclavo, pése á mí!)
CONDESA. (Poco fio de este infiel.)

Acto tercero.

ESCENA PRIMERA.

DON GONZALO. DON GABRIEL.

GABRIEL. ¿Qué es lo que tienes?
GONZALO. ¿Yo? Nada.
GABRIEL. Parece que triste estás.
GONZALO. Figuracion.
GABRIEL. De lo hecho
tal vez te arrepientes ya.
GONZALO. No tal.
GABRIEL. Sí, sí: lo conozco.
GONZALO. Si he de decir la verdad,
el paso ha sido arriesgado;
y en mi posicion...
GABRIEL. Verás
¡qué buen efecto...!
GONZALO. He cedido
con harta facilidad;
y mi obligacion...
GABRIEL. Consiste
en ser vasallo leal.
Esta empresa le acredita
al rey tu fidelidad;
tú sirves al soberano,
no sirves al cardenal.
GONZALO. Sí, pero temo que al fin...
GABRIEL. No hay nada que recelar.
Se ha llevado en este asunto

todo con sigilo tal,
que ni sospecha Alberoni
quién tan buen golpe le da.
Impresa nuestra memoria
en Francia aparece estar,
y no hay en Madrid ahora
personage principal
que no la haya recibido.
Hasta leido la habrá
el monarca; y tengo datos
para creer...

GONZALO. Necedad.
El rey la ha leido, sí;
y aunque al pronto vacilar
hizo su ánimo indeciso,
en breve la habilidad
del ministro consiguió
parar el golpe fatal.

GABRIEL. No importa: hoy mismo tal vez
esa opinion cambiará.
La certeza de los hechos
hoy demostrarle sabrán,
disipándose por fin
su funesta ceguedad.

GONZALO. Mas ¿piensas tú que el ministro
en tanto se dormirá?
Él es astuto, atrevido,
inmensa es su actividad;
y si descubre... No há mucho
que hecho le he visto un volcan;
y en su furor, el encargo
me ha dado de averiguar
el autor de la memoria.
Ponderaba mi lealtad,
prometiéndome... ¿quién sabe...?
cuanto yo con mas afan
puedo apetecer... honores,
puestos...

GABRIEL. Mas dicho no habrás...

GONZALO. De tan negra villanía
¿me supondrias capaz?

GABRIEL. No, amigo mio, perdona...

Pero haz por disimular.
Anímate... No hay remedio,
echado está el guante ya;
y es preciso...

GONZALO. Sí... Con todo,
no sé qué me hace temblar...

GABRIEL. Asi eres siempre... Al principio,
cuando oidos solo das
á los ecos generosos
de tu corazon leal,
un noble fuego te anima,
te arriesgas á todo... Mas
si el temor, si la ambicion
la frente llegan á alzar,
ya vacilas, retrocedes...

GONZALO. No lo tema tu amistad;
y por tí, si es necesario,
me sabré sacrificar.

GABRIEL. Bien... Mas tan terrible trance
nunca, amigo, llegará.
A Dios... Urgentes negocios
me llaman... Hasta alcanzar
el fin de esta grande empresa,
no descanso.

GONZALO. ¿ Volverás ?

GARRIEL. Luego.

GONZALO. Pues á Dios.

GABRIEL. Silencio.

GONZALO. Puedes sin cuidado estar.

ESCENA II.

DON GONZALO, solo.

En su presencia, Dios mio,
avergonzado me encuentro.
Imprudencia ha sido en mí...
¿Qué mas puede mi deseo
apetecer ? ¿ No me basta
con este encumbrado puesto ?
¿No halagan mis esperanzas
nuevos honores y empleos ?

Pero si del cardenal
el poder viniere al suelo,
me arrastrará en su caida,
y entonces... No, siempre es bueno
en las tormentas políticas
tener seguro algun puerto.
Estemos á ver venir,
y obremos como discreto.

ESCENA III.

DON GONZALO. DON AQUILINO.

AQUILINO. Ya tiene usía estractado,
como usía lo ha dispuesto,
el espediente de propios;
y si usía gusta verlo...

GONZALO. Mira, Aquilino, está bien
que me des el tratamiento
cuando hay gentes, porque entonces
es forzoso tal respeto;
pero cuando estamos solos
á ser amigos volvemos,
y en el trato familiar
del usía te relevo.

AQUILINO. ¡Oh amigo noble y sublime!
¡Hagan un dia los cielos
que tambien una escelencia
te llegue á dar como un templo.

GONZALO. Tengo un encargo que darte.

AQUILINO. ¿Es algun estracto nuevo?
¿Copia de alguna consulta?
¿Un estado?

GONZALO. Nada de eso.

AQUILINO. ¿Algun ajuste de cuentas?
Pues tambien sabes que entiendo...

GONZALO. No.

AQUILINO. ¿Arreglar tu papelera,
donde todo está revuelto?

GONZALO. Tampoco.

AQUILINO. Pues ¿qué?

GONZALO. No es cosa
de tu destino.

AQUILINO. No acierto...
GONZALO. Una comision.
AQUILINO. Ya estoy;
un recado... Voy corriendo.
GONZALO. Notado habrás que aqui viene
cierta señora.
AQUILINO. Sí... creo
haber visto... Una muy guapa,
buenos ojos, pelo negro,
graciosa, amable... y ¡un lujo!
GONZALO. Es de la corte embeleso.
AQUILINO. Me parece que...
GONZALO. ¿Qué?
AQUILINO. Nada...
nada... sino que... sospecho...
GONZALO. ¡Ah, bribon! ¡Qué malicioso
eres!
AQUILINO. Y aunque fuera cierto,
¿qué mal habria...? Flaquezas...
Todos estamos sujetos...
GONZALO. Pues lo confieso, acertaste.
Rindióme á su dulce imperio.
AQUILINO. Cuando digo... ¡Tengo un ojo...!
GONZALO. Cuidado con el secreto.
AQUILINO. Como caido en un pozo
en mí estará, no haya miedo.
(¡Buen secreto, y ya lo sabe
medio Madrid por lo menos!)
GONZALO. La condesa... pues sabrás
que es condesa.
AQUILINO. Por supuesto:
la condesa de Figueras.
GONZALO. Todo lo sabes.
AQUILINO. Observo.
GONZALO. Pues bien, la condesa tiene
á veces muy vivo el genio.
AQUILINO. Y ¿habrá reñido contigo?
GONZALO. Sí... Tuvimos con efecto
cierto disgustillo... nada
en conclusion.
AQUILINO. Pero luego
¿habreis firmado las paces?

GONZALO. Al punto... ¿Quién duda eso?
AQUILINO. Nubecillas que al amor
le prestan encanto nuevo.
GONZALO. Para acabar de aplacarla
le quiero hacer un obsequio.
AQUILINO. Bien pensado.
GONZALO. Mira.
(*Saca de un cajon de la mesa un estuche pequeño.*)
AQUILINO. ¿A ver?
¡Unas arracadas! ¡Bueno!
Me gustan... ¿Cuánto han costado?
GONZALO. Sobre unos quinientos pesos.
AQUILINO. ¡Cáspita! ¡Qué caro....! Y ¿puedes...?
GONZALO. Para todo da el empleo.
Ahora bien, para mandárselas
necesito un mensagero.
AQUILINO. ¿Y de mí te has acordado?
GONZALO. Sí, amiguito.
AQUILINO. Lo agradezco.
GONZALO. No te pesará entablar
con ella conocimiento.
Es muger que tiene influjo,
puede servirte de empeño;
y si le caes en gracia,
si eres servicial, discreto...
AQUILINO. Eso queda de mi cuenta.
GONZALO. Las arracadas te entrego,
y no tardes.
AQUILINO. Quedarás
de mi actividad contento. (*Vase don Gonzalo.*)

ESCENA IV.

DON AQUILINO, solo.

Pues, señor, dejo la pluma,
y echo mano al caduceo.
El empleo, á la verdad,
aqui que decirlo puedo,
no es que digamos muy... ¡Toma!
En escrúpulos andemos,
y... Luego ¿á qué se reduce

todo? A llevar este obsequio.
(*Mirando las arracadas.*)
¡Qué riqueza! ¡Qué trabajo!
Vamos, no hay mas, me resuelvo;
todo disculparlo deben
unos diamantes como estos.
¡Y el estuche...! Mas ¡qué apuro!
Le echo á perder si le llevo
en el bolsillo... ¿Qué haré?
¡Toma..,! Es facil... buen remedio,..
En uno de estos papeles
que aqui traigo me le envuelvo,
y no hay cuidado.

(*Saca varios papeles del bolsillo, y eligiendo uno guarda los demas, y envuelve en él la caja con mucho cuidado.*)

Este... sí...
De nada sirve... Es el pliego
de aquella bendita copia
en que cayó el borron... Bueno,
asi está bien... Ahora voy
sin mas tardar... Mas ¿qué veo?
¡La condesita! Venir
no podia á mejor tiempo.

ESCENA V.

DON AQUILINO. LA CONDESA.

CONDESA. ¡Oh! ¡oh! señor secretario,
¿tanto bueno por aqui?
Parece que huís de mí.
AQUILINO. Señora, muy al contrario;
os iba ahora á buscar.
CONDESA. ¿A mí?
AQUILINO. Sí.
CONDESA. Pues ¿qué sucede?
¿Qué suerte feliz me puede
tal honra proporcionar?
AQUILINO. El honrado seré yo;
pues colmándose mi anhelo,
en aproximarme al cielo

yo soy quien gano, vos no.

CONDESA. Sois galan, y bien se advierte
que habeis las aulas cursado:
ni un rendido enamorado
se esplicára de otra suerte.

AQUILINO. Por algo, sin que os ofenda,
está amor en lo que os digo.

CONDESA. Me permitireis, amigo,
que ese enigma no comprenda.

AQUILINO. Tal vez con mi charla os canso:
perdonad mi audacia loca;
mas si habla amor por mi boca,
habla por boca de ganso.

CONDESA. No os entiendo.

AQUILINO. Hay en el mundo
cierta persona acuitada
por creeros enojada.

CONDESA. ¿De veras?

AQUILINO. Dolor profundo,
inconsolable, hasta ver
en esos labios la risa.

CONDESA. ¡Tanto pena! Pues á prisa,
hacédmela conocer.

AQUILINO. ¿No os lo dice, en vez de mí,
el corazon?

CONDESA. ¡Qué, señor!
Él es muy poco hablador:
no dice ni tanto asi.

AQUILINO. Há tiempo que ardiendo está
de esa luz á los reflejos;
y acaso de aqui no lejos...

CONDESA. ¡Ay! acabáramos ya.
¿En esta casa? Os comprendo:
que sigais no es necesario...
Para mas que secretario
que servís, amigo, entiendo.

AQUILINO. No es estraño... la amistad...
me sacrifico por ella...
ésta siempre fué mi estrella;
me perderá mi bondad.

CONDESA. Pero en fin...

AQUILINO. Fiel mensagero,

pongo esta alhaja preciosa
á las plantas de la hermosa
que es de mi amo el bien primero.

(*La da el estuche envuelto en el papel: ella le desenvuelve, y le abre.*)

CONDESA. A ver, á ver... ¡Qué riqueza!
AQUILINO. No iguala vuestro valor.
CONDESA. Deslumbra su resplandor.
AQUILINO. Le desaira esa belleza.
Junto á los carrillos rojos,
de los ojos al compas,
no sé cuál brillará mas,
los pendientes ó los ojos.
CONDESA. Es el regalo precioso,
y el mensagero tambien.
AQUILINO. (Le dí golpe: ya estoy bien.
¡O Aquilino venturoso!)
CONDESA. Decir podeis al amigo
que aprecio fineza tanta.
AQUILINO. A ser voy con rauda planta
de su alegría testigo.

(*Viendo que llama su atencion la letra del papel que envolvia el estuche.*)

Mas ¿qué mirais...? ¿Ese escrito?
Tal vez la letra os agrada.
CONDESA. Mucho... Parece grabada.
¡Qué carácter tan bonito!
AQUILINO. Es mia.
CONDESA. Sea en buen hora:
teneis grande habilidad.
AQUILINO. Sin que sea vanidad,
á todo el mundo enamora.
CONDESA. ¡Qué veo...? Del cardenal
se habla aqui.
AQUILINO. ¡Cómo...! ¿Del qué?
CONDESA. Del ministro.
AQUILINO. Yo no sé...
CONDESA. Sí, señor... Y se habla mal.
AQUILINO. ¡Mal! ¡Dios mio!
CONDESA. ¿Dónde he visto...?
No es nuevo esto para mí...
En aquel impreso... sí...

no hay que dudar.

AQUILINO. (¡Voto á Cristo!
¿Si habré hecho algun desacierto?)

CONDESA. Cabalmente aqui he guardado
el ejemplar que me han dado.
(*Saca un cuaderno impreso, y se pone á cotejar.*)
A ver... por aqui... pues... cierto.
Dicho y hecho... sí... cabal.
La misma frase... la propia...
Este papel es la copia,
y estotro el original.
¡Háse visto...! ¿Con que vos...?

AQUILINO. ¡Yo, señora...!

CONDESA. ¡Caso horrendo!

AQUILINO. Si una palabra comprendo,
que me ahorquen, vive Dios.

CONDESA. ¿Contra el ministro escribís
un libelo infamatorio?

AQUILINO. ¡Yo escribir...! Por San Liborio,
mirad bien lo que decís.

CONDESA. ¿Osais negar...? ¿Cómo es eso?
¡Qué todavía se atreva
cuando está clara la prueba...!
Ved lo escrito, ved lo impreso.

AQUILINO. ¿Con que lo que dice aqui,
tambien dice alli?

CONDESA. Lo mismo.

AQUILINO. ¡Vaya un diablo de embolismo!
¿Con que lo mismo?

CONDESA. Sí, sí.

AQUILINO. Pues la vez primera es esta
que eso llega á mi noticia.

CONDESA. Daré parte á la justicia.

AQUILINO. ¡Santo Dios! ¡Copia funesta!

CONDESA. Este es un crimen de estado,
y de lesa-magestad.

AQUILINO. ¿De lesa...?

CONDESA. Sí.

AQUILINO. Por piedad...

CONDESA. Y sereis ahorcado.

AQUILINO. ¡Ahorcado!

CONDESA. Por conspirador.

AQUILINO. Señora,
yo hombre quieto, inofensivo,
yo que contra nadie escribo,
¿osára escribir ahora
contra un ministro? ¡Buen Dios!
CONDESA. ¿No es vuestro el escrito?
AQUILINO. Os juro...
CONDESA. Pues al autor, de seguro,
conoceis, si no sois vos.
AQUILINO. Tampoco.
CONDESA. Bien... Pagareis
por cómplice.
AQUILINO. ¡Vírgen Santa!
Tiró el diablo de la manta...
CONDESA. ¿Con que decir no quereis...?
AQUILINO. Yo solo sé que Orendana
me lo dió para copiar,
y copié sin reparar,
como quien hace una plana.
CONDESA. ¡Don Gonzalo!
AQUILINO. Cabalito.
CONDESA. ¡Don Gonzalo!
AQUILINO. Él me lo dió.
CONDESA. Y ¿copiar os lo mandó?
AQUILINO. Y con prisa, y callandito.
CONDESA. ¡Cielos! ¿Acaso sería
suyo?
AQUILINO. Tanto no penetra
mi ingenio.
CONDESA. Mas de su letra
el manuscrito estaria.
AQUILINO. Eso no.
CONDESA. ¿No? ¿Qué decís?
Pues ¿de quién? Hablad.
AQUILINO. ¿Lo digo?
CONDESA. Sí, sí, por Dios.
CONDESA. De su ámigo.
CONDESA. ¿De don Gabriel de Solís?
AQUILINO. El mismo.
CONDESA. ¿El de la hermanita?
AQUILINO. Ese.
CONDESA. ¿Estais cierto?

AQUILINO. Seguro.
CONDESA. ¡Ah, vil!
AQUILINO. (Salí del apuro.)
CONDESA. Alguna infamia medita.
Él es sin duda el autor
del libelo.
AQUILINO. Lo sospecho;
que es escritor de provecho.
CONDESA. Es un pérfido, un traidor.
AQUILINO. Mucho que sí.
CONDESA. Falso amigo;
y á Orendana el desleal
va á comprometer.
AQUILINO. Cabal.
CONDESA. Para perderle.
AQUILINO. Eso digo.
CONDESA. Mas no importa. Ya discurro
cómo su arrojo insolente
castigar... sí... Cabalmente
viene Orendana.
AQUILINO. Me escurro.
(*Vase corriendo por el foro.*)

ESCENA VI.

LA CONDESA. DON GONZALO.

GONZALO. ¿Condesita, vos aqui?
¡Cuál de veros me alborozo!
CONDESA. Gracias.
GONZALO. Pensaba ponerme
á los pies vuestros tan pronto
como me lo permitieran
mis importantes negocios.
CONDESA. Os lo agradezco: ese afan
de un tierno afecto es muy propio.
GONZALO. ¿No habreis visto todavía
á mi escribiente, supongo?
CONDESA. Sí, le he visto.
GONZALO. Y ¿os ha dado...?
CONDESA. Unos pendientes preciosos.
Vedlos aqui.

GONZALO. Perdonad
si es el obsequio tan corto.
La espresion de mi cariño
debeis mirar en él solo.
CONDESA. El ser don vuestro le da
precio infinito á mis ojos.
GONZALO. ¡Divina!
CONDESA. Mas hora hablemos
de asuntos serios un poco.
¿Sin duda conoceis ya
este escrito?
GONZALO. Le conozco.
CONDESA. ¿Qué os parece?
GONZALO. La pregunta,
señora, me deja absorto.
Me parece... lo que á vos.
CONDESA. Que es infame, calumnioso.
GONZALO. Pues...
CONDESA. Y que su autor merece
un castillo.
GONZALO. No me opongo.
CONDESA. Y ¿no sabeis vos quién es?
GONZALO. ¿Yo...? No, señora... lo ignoro.
CONDESA. ¡Cosa estraña! Vuestro empleo
os obligaba...
GONZALO. Ya pongo
los medios, y mis agentes
por descubrirlo andan locos.
CONDESA. ¿De veras?
GONZALO. ¿Dudáislo?
CONDESA. No;
pero deben ser muy topos;
pues una muger consigue
lo que ellos no.
GONZALO. ¿Cómo? ¿cómo?
CONDESA. Que yo todito lo sé
sin esbirros ni alborotos.
GONZALO. ¿Vos?
CONDESA. Yo.
GONZALO. Imposible.
CONDESA. Sé tanto
que os ha de causar asombro;

y aun puede tambien que alguno
se cubra aqui de sonrojo.

GONZALO. Pero...

CONDESA. ¿Os turbais?

GONZALO. ¿Yo, señora...?

CONDESA. La verdad en vuestro rostro
leyendo estoy.

GONZALO. ¿Pensais que...?

CONDESA. Que andais vos en este embrollo:
claro.

GONZALO. ¿Me acusais?

CONDESA. Sí;
porque nada, nada ignoro.

GONZALO. ¿Direis que soy el autor...?

CONDESA. No lo sois; pero es lo propio.
Es vuestro amigo, el Solís,
el hermano del pimpollo
que hora os trae vuelto el juicio,
y que es un bribon de á folio.

GONZALO. ¡Qué idea!

CONDESA. Decid que no,
juradlo... ¿Dudais?

GONZALO. De modo...

CONDESA. ¿Quereis pruebas?

GONZALO. ¡Las teneis!

CONDESA. Sí, todos sabrán muy pronto
que es un traidor.

GONZALO. Por piedad,
callad, callad... Si algun otro
os escuchára...

CONDESA. ¿Ya en fin
confesais...?

GONZALO. ¡Ah! Yo tan solo
tengo la culpa... Yo soy
quien intentaba ambicioso,
derribando al cardenal,
reemplazarle junto al solio.
Yo soy...

CONDESA. Gritad, eso es,
elevad aun mas el tono;
que os oigan, que todos sepan
lo que tan solo nosotros

sabemos aün.

GONZALO. Pues qué,
¿nadie sino vos...? ¡Oh gozo!

CONDESA. Por una casualidad
este misterio conozco;
y nadie hasta ahora...

GONZALO. Entonces
á vuestra amistad me acojo:
no querreis perderme, no:
vuestro afecto cariñoso...

CONDESA. Calmaos, que harto yo misma
en vuestro favor abogo,
y harto sabeis que indulgente
mayores culpas perdono.

GONZALO. ¡Oh generosa muger!

CONDESA. ¿Me amais?

GONZALO. ¡Si os amo! Os adoro.

CONDESA. ¿Pero y la otra...?

GONZALO. ¿Volvemos
á las andadas?

CONDESA. Del todo
no estoy tranquila.

GONZALO. ¿Qué haré
para calmar...?

CONDESA. No os propongo
lo que pienso, porque...

GONZALO. Hablad:
desde luego me conformo...

CONDESA. ¿Lo hareis?

GONZALO. Sí.

CONDESA. ¡Mirad...!

GONZALO. Decid,
y vereis...

CONDESA. Con mi reposo
á un tiempo obtener podreis
de vuestras ansias el logro.

GONZALO. ¡Ah! pues no tardeis, hablad...

CONDESA. Es que el rumbo ha de ser otro.
De derribar al ministro
ya el proyecto es ilusorio.

GONZALO. Lo sé.

CONDESA. Le he visto: se encuentra

con el libelo furioso...
Y el que descubra á su autor...

GONZALO. ¡Eh! ¿qué decís?

CONDESA. No hay tesoros,
no hay empleos, no hay honores
que no diera generoso...

GONZALO. Mas, señora...

CONDESA. Y con un hombre
como vos, no tendrá coto
su gratitud.

GONZALO. Es que...

CONDESA. Ya
en esperanza os asocio
á su ministerio.

GONZALO. En fin,
¿direis qué he de hacer?

CONDESA. Muy poco:
solamente revelar...

GONZALO. No sigais, que me abochorno
de oiros... ¿Me conoceis?

CONDESA. ¿Yo...? ¡Qué pregunta!

GONZALO. Supongo
que no, pues infamia tal
me proponeis.

CONDESA. ¡Qué alboroto
por nada!

GONZALO. ¿Ser delator
de un amigo candoroso
que en mí se fia...? A tal precio
yo la grandeza no compro.

CONDESA. Bien... sea... ni tal escrúpulo
en voz repruebo tampoco.
Ser fiel siempre á la amistad
es cosa digna de elogio...
Sedlo, pues... Mucho os lo alabo...
Mas yo no tengo ese estorbo.
El don Gabriel no es mi amigo,
con que asi bien puedo...

GONZALO. ¡Cómo!
¿Qué intentais?

CONDESA. Nada... Acá tengo
mi plan. A Dios.

GONZALO. Pero...
CONDESA. Corro...
GONZALO. Deteneos... no permito...
CONDESA. Amiguito, no me opongo
á que vos hagais alarde
de afectos nobles, heróicos.
Es vuestro deber... El mio
en esta ocasion es otro.
Si os corresponde callar,
yo hablaré.
GONZALO. Por Dios...
CONDESA. No os oigo.
Debo descubrir las tramas
que hoy amenazan el trono;
debo salvaros á vos,
aunque merecéislo poco;
y quiero por fin que ese hombre
y su hermana, á quienes odio,
vayan donde ya no puedan
causarme celos ni enojos.
Con que abur.
GONZALO. Tened.
CONDESA. No quiero.
Mi amor primero que todo. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DON GONZALO, solo.

¡Oh qué malvada muger!
¡Amor dice...! No: le cobro
odio, aversion... y lo juro,
ya de hoy mas con ella rompo.
Mas en tanto irá... ¡Dios mio!
Mil peligros miro en torno
de mi amigo... A toda costa
de ellos salvarle es forzoso.
Voy á su casa antes que...
No... á que me vean me espongo,
y comprometo... Mejor
será escribirle... Tampoco:
pueden hallarle mi carta,

y entonces mas riesgos corro.
¿Qué haré...? No sé... ¡Buena idea!
Aquilino.

ESCENA VIII.

DON GONZALO. DON AQUILINO.

AQUILINO. ¿Qué hay?
GONZALO. Vé pronto:
corre á casa de Solís,
no te pares.
AQUILINO. Muy bien, tomo
el sombrero, y voy...
GONZALO. Escucha
el recado.
AQUILINO. Soy un tonto:
es verdad.
GONZALO. Si no le encuentras,
corre de un estremo al otro
todo Madrid hasta hallarle.
Dile que de ningun modo
vuelva á su casa; que vaya
á la de Lope...
AQUILINO. ¡Qué embrollo!
GONZALO. Le amenazan grandes riesgos,
y salvarle me propongo.
Que no salga, que de nadie
se deje ver.
AQUILINO. ¡Qué demonios!
GONZALO. La noche está cerca: asi
que oscurezca, iré de incógnito...
Mas corre, vuela, no tardes.
AQUILINO. Corro, vuelo. — (¡San Antonio!
Todo se vuelve tramoyas,
y para sustos no como.)
GONZALO. Me tiro un pistoletazo
si libertarle no logro.

Acto cuarto.

ESCENA PRIMERA.

DON AQUILINO. Luego FRANCISCO.

(*Es de noche: hay luces.*)

AQUILINO. (*Saliendo muy sofocado, y mirando al reloj.*)

¡Las diez! ¡Lo que he corrido
desde el anochecer! Estoy molido.
Por fin, pude encontrarle,
y en casa del buen Lope agazaparle:
no fué la prisa en vano;
si me descuido, zás, le echan la mano.
¡Miren la condesita,
cómo fué con el cuento la maldita!
(*Viendo salir á Francisco.*)
¡Hola, Francisco, amigo,
y ¿el amo?

FRANCISCO. Está en palacio.

AQUILINO. (Lo que digo:
¿qué le importaba á ella...?
Es por fuerza tan mala como bella.)
¿Há mucho que ha salido?

FRANCISCO. Un buen rato: por señas que se ha ido
de un humor endiablado.

AQUILINO. ¿Por qué?

FRANCISCO. Juan el portero me ha contado
que hay grandes novedades.

AQUILINO. ¿Novedades?

FRANCISCO. Terribles.
AQUILINO. ¿Sí?
FRANCISCO. ¡Maldades!
AQUILINO. ¿Pues qué?
FRANCISCO. Se ha descubierto
una conspiracion.
AQUILINO. ¿De veras?
FRANCISCO. Cierto.
AQUILINO. Mas ¿dónde...?
FRANCISCO. En una casa—
¡Si es increible á veces lo que pasa!—
ha tenido noticia
de no sé qué papeles la justicia;
y en ella se ha encajado,
y toditos alli los ha pillado.
AQUILINO. ¡Oiga!
FRANCISCO. Entre ellos estaba
de cierto escrito audaz que impreso andaba
el borrador entero,
contrario al cardenal, segun infiero.
AQUILINO. ¡Mire usted qué insolencia!
FRANCISCO. Y han hallado ademas correspondencia
entre altos personages
que en la horca irán luego á hacer visages.
AQUILINO. ¡Cómo...! ¿Hay alguno preso?
FRANCISCO. Debió tener noticia del suceso
el pícaro taimado
que andaba en la tramoya, y se ha fugado.
Mas no importa, esta noche
se mandarán espresos.
AQUILINO. Pára un coche.
El amo... Corred pronto. (*Vase Francisco.*)

ESCENA II.

DICHOS. DON GONZALO.

AQUILINO. (*solo.*)
¡Qué enredos! De esta vez me vuelvo tonto.
¿Qué mísero destino
te mete en estas bromas, Aquilino?
Muy buena plaza es esta;

mas ¡cuántas pesadumbres ya me cuesta!

(*Sale don Gonzalo enfurecido. Tira sobre la mesa sombrero y guantes. Francisco le sigue.*)

FRANCISCO. ¿Manda algo usia?

GONZALO. Nada...
Nada quiero... marchaos.

FRANCISCO. (*Bajo á don Aquilino al marcharse.*)
Hay tronada.

(*Don Gonzalo se sienta despechado.*)

GONZALO. ¡Ah! Me ahoga la ira:
á escitar mi furor todo conspira.

AQUILINO. (De mal talante viene.)

GONZALO. En mi rabia no sé qué me contiene.
¡A tal punto se entrega
al rencor un ministro! ¡asi le ciega!—
(*Reparando en don Aquilino.*)
¡Ah...! ¿Eres tú?

AQUILINO. Sí, querido.

GONZALO. Aqui me ves rabioso, enfurecido.

AQUILINO. Mas ¿qué diablos sucede?

GONZALO. Es cosa que aguantar ya no se puede.
Pensaba que aunque vano,
ambicioso, falaz, avaro, insano,
compasivo sería,
y un resto de piedad conservaría...
Pues nada de eso, nada...
De tigre debe ser su alma malvada.
¿No es cierto, di, no es cierto
que es un infame, un vil?

AQUILINO. ¿Quién...? (Estoy muerto.)

GONZALO. El ministro.

AQUILINO. ¡El ministro!
Hombre, ¿qué osas decir? (¡Vaya un registro
por el que sale!)

GONZALO. ¿Quieres
desmentirme?

AQUILINO. No tal. Lo que dijeres,
lo mismo pienso y digo...
Es ya costumbre en mí... Pero ¡ay amigo!
¡un ministro...! ya sabes...

GONZALO. Solo falta, bribon, que me le alabes.

AQUILINO. Ya sé que no hay motivo...

GONZALO. Es un hombre cruel y vengativo.
AQUILINO. Mira, si asi le muerdes,
que te pierdes, amigo... y que me pierdes.
GONZALO. ¿Sabes en su ira loca
qué amenazas salieron de su boca?
No pude contenerme,
y en favor de Solís iba á esponerme.
AQUILINO. ¡Cielos! ¿Le has replicado?
GONZALO. Buenas ganas, á fé, se me han pasado.
Mas ¿qué se dice á un hombre
que se enfurece solo con su nombre?
AQUILINO. (*Mirando á todas partes, y acercándose á don Gonzalo.*)
(Nadie escucha.)—Confieso
que es un monstruo, una plaga... Pero eso,
en vez de alzar el grito,
es preciso decirlo muy bajito.
GONZALO. ¿Acaso yo le temo? (*Levantándose.*)
AQUILINO. Tú no... pero yo sí... Si hasta ese estremo
hoy tu crédito alcanza,
á mí me puede ahorcar en su venganza.
GONZALO. Lo que mas me volaba,
es—¿lo creerás?—que el falso me abrazaba.
AQUILINO. ¿A tí?
GONZALO. Porque creía
que era yo quien la trama descubria.
AQUILINO. ¿Tú?
GONZALO. Yo; que asi lo ha dicho
esa infame condesa.
AQUILINO. ¡Oh, qué mal bicho!
¡La tengo ya una rabia!
GONZALO. Pues... Ella con su mónita y su labia
arma todo este enredo.
AQUILINO. Y ¿no la has desmentido?
GONZALO. ¿Acaso puedo?
Mas ¿Gabriel?
AQUILINO. Escondido
está en casa de Lope.
GONZALO. No he podido
verle como pensaba.
AQUILINO. Por desdicha en su casa ya no estaba.
Fuí corriendo á buscarle,

y al cabo de dos horas pude hallarle.
Al oir tu recado
su riesgo conoció: voló exhalado
queriendo en el momento
sus papeles salvar: mas vano intento,
pues ya cuando llegamos,
cercada de soldados encontramos
su casa, y á galope
tuvimos que escapar á la de Lope.

GONZALO. ¡O cielos! Y ¿su hermana?

AQUILINO. Allí quedó metida en la jarana.

GONZALO. ¡Desdichada Clarita!

AQUILINO. Susto pasado habrá la pobrecita.
Volver por ella quiso
Gabriel; mas contenerle fué preciso.

GONZALO. ¡Ah! voy...

FRANCISCO. (*Sale y anuncia.*) Don Lope Estrada.

GONZALO. ¡Lope...! ¡O Dios! ¿Qué sucede? — Dadle entrada.

ESCENA III.

DON GONZALO. DON AQUILINO. DON LOPE.

GONZALO. Y bien, amigo, ¿qué traes?

LOPE. ¿Lo que traigo? ¡Voto á san!
Una ira que me ahoga;
estoy dado á Barrabás.

GONZALO. ¿Qué sucede?

LOPE. ¿Qué sucede?
Y ¿lo osas tú preguntar?
Sucede que eres un falso,
un traidor, un desleal.

AQUILINO. ¡Jesus, qué hombre!

GONZALO. ¿Eso me dices?

LOPE. Esto te digo, y tres mas.
¡No que no...! Pues cabalmente
hecho me encuentro un volcan;
y á eso vengo, y reventára
si tuviera que callar.

GONZALO. Mas ¿qué motivo...?

LOPE. ¡Motivo!
¿Te parece poco ya,

mal hombre, el faltar vilmente
al honor, á la amistad?
¿Quieres mas, responde, infame?
¿quieres mas aün?

GONZALO. Yo...

AQUILINO. Está
loco.

LOPE. ¿Vendes á tu amigo,
y no es bastante maldad?

GONZALO. ¡Yo vender...!

LOPE. Sí, lo sé todo;
y Gabriel de pe á pa
me lo ha contado. — Sabias
lo del folleto.

GONZALO. Es verdad.

LOPE. Entrabas en la tramoya,
y era... ¡picardía tal...!
era para delatarle,
y con la traicion medrar.
¡Si hay hombres que...! Por perderlos
de vista, ganas le dan
á uno de ir con las fieras
en un desierto á habitar.

GONZALO. Qué, ¿piensa Gabriel acaso...?

LOPE. Sí, piensa.

GONZALO. ¡Ó cielos! ¿Tan mal
juzga de mí que me cree
de tanta infamia capaz?
¡Yo delatar á mi amigo!
¡Yo venderle...! ¡Ah! por piedad,
decid que soy ambicioso,
vano, altivo.. asi será;
pero ¡pérfido, traidor,
falso amigo...! No, jamas.

LOPE. ¿Luego no has sido...?

GONZALO. Tal duda
es un agravio mortal
que ambos me haceis.

LOPE. Pero ¿cómo...?

GONZALO. Por una casualidad,
que aun ignoro, se ha sabido
este secreto fatal.

Del riesgo que le amagaba
á Solís quise salvar...
y le salvaré, lo juro,
aunque me pierda.

LOPE. ¿Lo harás?

GONZALO. ¿Puedes dudarlo?

LOPE. Eso no.
Pero es fuerza, sin tardar,
buscar un medio... En mi casa
no está bien... Le buscarán...
saben que yo soy su amigo,
y luego, la vecindad....
¡Qué ha de estar seguro...! Nada...
le pillan... no hay que dudar.

GONZALO. Pues bien, le ofrezco la mia.

LOPE. ¡La tuya!

GONZALO. Sí.

LOPE. Y ¿osarás...?

GONZALO. En todas, menos en esta,
oculto le juzgarán.
Sobre todo, en tal peligro
le debo un asilo dar.
Es mi amigo: que le niego
mi proteccion no dirán;
y aun á costa de mi vida
cumpliré con la amistad.

LOPE. Eso me gusta... Asi quiero
á los hombres, ¡voto á tal!
Venga un abrazo... Esto solo
me basta á reconciliar
contigo.

AQUILINO. Es rasgo admirable
que le ha de hacer inmortal.

GONZALO. (*Señalando la puerta última de la izquierda.*)
¿Ves aquel cuarto...? Por él
á una habitacion se va
que á nadie sirve... Alli puede
Solís sin peligro estar;
que en casa solo un criado
de confianza lo sabrá.

AQUILINO. ¡Qué criado...! Aqui estoy yo;
yo tambien quiero imitar

tu heroismo.

GONZALO. ¿Tú, Aquilino?

AQUILINO. Yo.

LOPE. Bien.

AQUILINO. Llama celestial
me anima... Amistad sagrada,
me sacrifico en tu altar.

GONZALO. Por una puerta secreta
introducirle podrás.

AQUILINO. Sí, la puertecita falsa
que á la callejuela da.

GONZALO. Pero hasta la una, al menos,
será preciso esperar;
pues convienen al sigilo
la noche y la soledad.

LOPE. Muy bien... Voy corriendo...

GONZALO. Aguarda.
Y ¿Clara?

LOPE. ¿La hermana? Está
en su casa. Los esbirros,
cansados ya de esperar,
se fueron... Ahora de paso
la he visto.

GONZALO. Pues convendrá
que venga tambien... Me ocurre
para mas seguridad...
Sí, sí... Nadie la conoce...
Sin secreto la traerás...
Diré que es una parienta;
y asi no se estrañará
que esté ese cuarto habitado.

AQUILINO. Buena idea.

LOPE. A Dios.

GONZALO. ¿Estás?
Primero á Clarita.

LOPE. Sí.

GONZALO. Por la puerta principal.

LOPE. Bien.

GONZALO. Y despues á la una...

LOPE. Lo haré con puntualidad. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DON GONZALO. DON AQUILINO. Luego FRANCISCO. *Luego* UN PORTERO.

GONZALO. ¡Ah! Mi opreso corazon
ya, en fin, respira y se ensancha.
AQUILINO. Eres un héroe, un portento
de amistad acrisolada;
y con Pílades y Orestes
os comparará la fama.
(*Sale Francisco.*)
FRANCISCO. Señor.
GONZALO. ¿Y bien?
FRANCISCO. Un portero
del ministerio... Le manda
con urgencia el cardenal.
GONZALO. ¡Cómo! ¿A estas horas...? Me pasma.
¿Qué sucederá? Decidle
que entre.—Oid... Aquella estancia
preparad luego... Esta noche,
dentro de un rato, á ocuparla
vendrá una parienta mia
que ha llegado de... de Málaga.
¿Estais?
FRANCISCO. Sí, señor. (*Vase.*)
GONZALO. ¡Tan tarde!
¿Qué será?
AQUILINO. Alguna embajada.
(*Sale el portero con un pliego grueso.*)
GONZALO. ¿Qué hay?
PORTERO. Este pliego...
(*Le da el pliego: don Gonzalo mira el sobre.*)
GONZALO. ¡Tres luegos!
PORTERO. La contestacion aguarda
su eminencia.
GONZALO. A ver...
(*Abre el pliego, del cual saca unos papeles y una carta, que lee con grande agitacion, y al acabarla se deja caer abatido en un sillon.*)
¡Gran Dios!
AQUILINO. (*Acercándose á él asustado.*)
¿Qué te ha dado?

GONZALO. Nada... nada.
PORTERO. Señor...
GONZALO. Necesito tiempo...
No es posible hasta mañana...
PORTERO. Esta noche la respuesta
quiere el cardenal sin falta.
Dice que hasta recibirla
no se acuesta.
GONZALO. (¡No le parta
un rayo!) Pues bien... volved
luego.
PORTERO. ¿Cuándo?
GONZALO. No estoy para...
Dentro de dos horas.
PORTERO. Beso
á usía la mano. (*Vase.*)

ESCENA V.

DON GONZALO. DON AQUILINO.

GONZALO. ¡O rabia!
AQUILINO. ¿Qué hay? ¿Qué ocurre? Te has quedado
sin color.
GONZALO. No me faltaba
mas que esto para...
AQUILINO. ¡Dios mio!
¿Te han quitado ya tu plaza?
GONZALO. ¡Ojalá!
AQUILINO. ¿Mas malo que eso?
¿Puede haber mayor desgracia?
GONZALO. Toma... lee.
(*Le da la carta. Don Aquilino la lee en voz alta.*)
AQUILINO. "Amigo don Gonzalo. La importancia de los papeles descubiertos en casa del traidor Solís exige prontas y enérgicas providencias. Quiero esta noche misma dar cuenta á S. M.; y por lo tanto os remito adjuntos todos los documentos para que inmediatamente hagais sobre ellos un informe, pintando con los mas vivos colores toda la magnitud del atentado, y proponiendo cuanto creais conducente al castigo de los culpados."

GONZALO. Ya lo ves:
quiere en su furia inhumana
hacerme contra un amigo
ministro de sus venganzas.
Quiere sea, vive el cielo,
su acusador... Y no basta:
quiere señale el castigo
que sobre su frente caiga.

AQUILINO. Pero él, ¿qué sabe...?

GONZALO. Primero
se abrirá bajo mis plantas
la tierra. — Estoy por mandarle
mi dimision.

AQUILINO. ¡Qué bobada!

GONZALO. Sí, sí: mas vale dejar
un puesto vil que me amarra
á su cadena, do es fuerza
inmolarle hasta mi fama.

AQUILINO. Pero hombre...

GONZALO. Asi como asi,
hoy dia no le harán falta
hombres viles que se presten
á sus caprichos é infamias.

AQUILINO. Pues si lo mismo ha de ser,
con tu renuncia ¿qué ganas?

GONZALO. Ya está visto: si ese monstruo
sigue rigiendo la España,
para los hombres de bien
no hay refugio ni esperanza. (*Se levanta.*)
— Tambien ha sido ocurrencia
encargarme á mí... ¿No hallaba
otro mas...? ¿Será malicia?
¿Habrá leido en mi cara
que me intereso por...? No:
sabe mi celo, le agrada
mi espedicion, y por eso...
Mas ¿acaso en cuerpo y alma
le estoy vendido...? ¿Soy yo
su esclavo...? Y en su arrogancia
¿piensa he de sacrificarle
mis afecciones mas caras?
Nunca, jamas.

AQUILINO. ¡Ay...! ¿Qué miro?
¿Has leido esta posdata?
GONZALO. ¿Una posdata? No.
AQUILINO. Escucha.
(*Leyendo.*
Para vuestra satisfaccion os advierto que en premio de los servicios que me habeis prestado, y particularmente de este último, llevaré á S. M. con la consulta el decreto concediéndoos una de las mejores encomiendas en la orden de Calatrava. Tambien pienso hablarle de una pension, y de otras mercedes que no dudo os conceda S. M.
GONZALO. ¡Cómo...! ¿A ver...? Sí... ¡Vaya en gracia!
¡Milagro...! Ahora se acuerda...
Ya era tiempo... ¡Y lo guardaba
para esta ocasion...! Dirán
que es de mi traicion la paga.
AQUILINO. Deja que digan.
GONZALO. No, no:
sus ofertas y amenazas
desprecio igualmente.
AQUILINO. Pero...
GONZALO. No me seduce ni engaña.
AQUILINO. ¿Qué importa lo que dijeren,
si el otro entre tanto escapa?
GONZALO. Tienes razon... no caía...
AQUILINO. Mira que el tiempo se pasa.
GONZALO. Ello es preciso tomar
un partido.
AQUILINO. Cierto.
GONZALO. Vaya,
pues no hay remedio... aqui mismo...
Toma asiento.
(*Don Aquilino se sienta á la mesa para escribir y empieza por cortar una pluma. Don Gonzalo toma tambien una silla, y se sienta á poca distancia de la mesa, examinando los papeles.*)
¡Oh, qué apurada
situacion...! Atado al yugo
del déspota que avasalla
mis acciones...—¿Estás?
AQUILINO. Sí.

GONZALO. ¡Debiendo, porque él lo manda,
sofocar mis sentimientos,
servir su rencor, su saña...!
—Escribe lo que te dicto.

AQUILINO. Ya está la pluma cortada.

GONZALO. No te pares...—¿Qué diré?—
Veamos...—
(*Recorriendo los papeles.*)
¡Jesus, qué cartas!
¡Tambien ha sido imprudencia
en ese Solís guardarlas!

AQUILINO. Hay hombres tan insensatos
que en ningun riesgo reparan.

GONZALO. Pon. — (*Dictando.*) "Un atentado..." —No...
Eso es muy fuerte. — "Una falta."

AQUILINO. (*Repitiendo lo que escribe.*)
"Falta."

GONZALO. Tampoco... Eso es flojo...
Borra.

AQUILINO. Borro.

GONZALO. Es una trama,
es una traicion... Escribe.
"Un suceso de importancia."
Asi no se abulta, ni...

AQUILINO. Bien mirado, es una ganga
para Solís el que tú...

GONZALO. ¡Oh! Pues si otro redactara
el informe... Pero yo...

AQUILINO. Tú sabrás atenuar.... —
(*Repitiendo lo último que escribe.*)
"Ancia."

GONZALO. Por supuesto... Pero ¿cómo?
Estos papeles espantan.
Hay materiales aqui
para ahorcar á un hombre.

AQUILINO. ¡Cáspita!

GONZALO. Cuando menos, es preciso
formarle causa.

AQUILINO. Formarla...
Y antes que dé el tribunal
su fallo, salto de mata.

GONZALO. Con pasaportes en regla,

en seis dias está en Francia.
AQUILINO. Tú podrás proporcionárselos.
GONZALO. Y ademas carruaje y plata.
AQUILINO. Y luego allí que le pesquen.
GONZALO. Y en pasando unas semanas...
AQUILINO. Se arregla el asunto.
GONZALO. Pues.
AQUILINO. Se olvida el lance.
GONZALO. No se habla
ya de él.
AQUILINO. Se le hace volver.
GONZALO. Con un poquito de maña...
AQUILINO. Con tu favor...
CONZALO. ¡Y si pillo
alguna silla dorada...!
AQUILINO. Entonces, negocio hecho.
GONZALO. Y aun vendrá á darme las gracias.
AQUILINO. Pues escrúpulos á un lado,
y vaya el informe.
GONZALO. Vaya.
AQUILINO. Y echarle toda la ley.
GONZALO. ¿Qué inconveniente?
AQUILINO. Pues carga
la mano.
GONZALO. Asi sirvo á un tiempo
al amigo y al monarca.
Este ignora que por mí
el acusado se salva...
AQUILINO. Y Gabriel nada sabrá
del informe.
GONZALO. Ni palabra.
AQUILINO. Pues á la obra.

ESCENA VI.

DICHOS. FRANCISCO. CRIADOS.

GONZALO. (*A Francisco.*) ¿Qué es eso?
FRANCISCO. Voy á arreglar esa estancia.
¿No lo habeis mandado?
GONZALO. ¡Ah! sí.
Despachad.

(*Bajo á don Aquilino.*)
En esta sala
no estoy bien: voy allá dentro.

AQUILINO. Sí, vamos.

GONZALO. Conmigo basta
para el borrador: despues
pondráslo en limpio.

AQUILINO. Me agrada.

GONZALO. Quédate para estorbar
que nadie entre.
(*Hace que se va y vuelve.*)
¡Ah! cuando Clara
venga...

AQUILINO. ¿Te aviso?

GONZALO. No... deja
que concluya.

AQUILINO. Pues me llamas.

GONZALO. Bien... Voy...

AQUILINO. Escucha... ¿La llave
de la puertecita falsa?

GONZALO. En mi despacho la tengo.
Voy ahora mismo á tomarla. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DON AQUILINO. FRANCISCO.

(*Francisco y los criados habrán entrado en el cuarto de la izquierda, y luego salen de él como habiendo concluido de arreglarlo.*)

AQUILINO. (*Solo.*) ¡Ay, válgame San Pascual,
San Jacinto, San Eulogio,
y todo el martirilogio,
y la corte celestial!
¡Qué apuros! ¡Qué trapisondas!
¡Pobre Aquilino Muñoz!
¿Quién asi de hoz y de coz
te mete en cosas tan hondas?
¡Y á todo esto sin cenar!
¡Y á media noche, Dios mio!
Siento aqui dentro un vacío...

Me estoy para desmayar.
(*A Francisco que sale.*)
Francisco amigo, por Dios,
¿podré tomar un bocado?

FRANCISCO. ¿Quereis un pollito asado?

AQUILINO. ¡Si quiero...! Aunque sean dos.

FRANCISCO. ¡Lo traeré! (*Vase.*)

AQUILINO. Pues ¡y dormir!
¡Ya va! Con tanta jarana
tendré noche toledana...
Estar de acecho, escribir...
mil tramoyas y manejos...
el escondite... la llave...
Esta vida, Dios lo sabe,
no es para llegar á viejos.

(*Sale Francisco con plato, servilleta &c., y lo coloca en la mesa.*)

FRANCISCO. Aqui teneis...

AQUILINO. ¡Ah! Ya alentó.

FRANCISCO. Y este vino... de lo rico.

AQUILINO. Pues mientras aqui me aplico,
arreglad ese aposento.

FRANCISCO. Ya lo está.

AQUILINO. Bien... ¡Ah! Ahora
que caigo... No estará mal
que baje alguno al portal
á esperar á esa señora.

FRANCISCO. Iré yo mismo.

AQUILINO. Vendrá
con don Lope... aquel amigo...
ya sabeis.

FRANCISCO. Sí.

AQUILINO. Nada os digo
del respeto con que...

FRANCISCO. (*Con risa socarrona.*) ¡Ya!

AQUILINO. ¿Qué risa tan maliciosa
es esa?

FRANCISCO. Hablemos clarito...
murmuremos un poquito...
¿Es jóven, linda?

AQUILINO. Preciosa.

FRANCISCO. ¿Parienta del amo?

AQUILINO. Pues...
¿No lo ha dicho?
FRANCISCO. Es que ya vi
otras parientas asi
que no he vuelto á ver despues.
AQUILINO. ¡Ah! ¡bribon!
FRANCISCO. ¿Acierto?
AQUILINO. Puede.
Mas ¡chiton!
FRANCISCO. Soy perro viejo.
AQUILINO. Ya caerá algun dobloncejo.
FRANCISCO. Mejor.
AQUILINO. Id pues. — Quiero adrede
dejarle creer... — (*Bebe.*) ¡Buen vino!
¡Ay! esto me vuelve el alma.
— Con todo, no estoy con calma.
Que por fin sabrá imagino
Orendana que fuí yo
quien descubrí... ¡Guarda, Pablo!
¡Si esa condesa es el diablo!
¡Con qué maña me sacó...!
¡Maldita...! Mas ¿por qué asi
persigue...? ¿Si serán celos
de la otra...? ¡Santos cielos!
En sabiendo que está aqui,
el oirla será un gusto.
¡Dios! ¿De qué santo me valgo?
Tan solo de un susto salgo
para entrar en otro susto.

ESCENA VIII.

DON AQUILINO. DOÑA CLARA. DON LOPE. FRANCISCO.

FRANCISCO. Ya llega... Y ¡qué linda!
AQUILINO. ¿Tan pronto...? Pues que entre.
FRANCISCO. Venid.
(*Salen doña Clara y don Lope: aquella sostenida por éste.*)
LOPE. (*A Aquilino.*) ¡Ay, amigo!
Sosténla.
AQUILINO. ¿Qué tiene?

LOPE. Tal susto la oprime
que ni alentar puede.
AQUILINO. Traed una silla. (*A Francisco.*)
LOPE. Sí, sí... que se siente.
CLARA. ¡Ay, Dios!
LOPE. Sosegaos.
CLARA. ¿Mi hermano no viene?
LOPE. Veréisle muy pronto,
pues marcho...
AQUILINO. Detente.
LOPE. No puedo: es preciso (*Bajo.*)
que corra á traerle.
AQUILINO. ¿Ya sabes la puerta?
LOPE. Sí, no tiene pierde.
¿Quién abre?
AQUILINO. Yo mismo;
mas deja que suene
la una: hasta entonces
cuidado te acerques. (*Vase don Lope.*)

ESCENA IX.

DICHOS, menos DON LOPE.

AQUILINO. Hermosa Clarita,
las penas ya cesen,
pues...
(*Óyese un campanillazo en el gabinete.*)
Llaman... El amo.
FRANCISCO. A ver voy qué quiere.
AQUILINO. Tened, que á mí solo
entrada concede.
Cuidad de esta niña.
(*Entra en el gabinete.*)

ESCENA X.

DOÑA CLARA. FRANCISCO. Luego DON GONZALO.

CLARA. ¡Ay!
FRANCISCO. (¿Qué embrollo es este?)
CLARA. ¿Se va?
FRANCISCO. No os asuste

que aquí sola os deje.

CLARA. Mas vos...

FRANCISCO. Un criado
que os sirva y respete
tendreis en mí.

CLARA. Pero
¿don Gonzalo...?

FRANCISCO. Vedle.

(*Sale don Gonzalo. Clara corre hácia él.*)

CLARA. ¡Amigo!

GONZALO. ¡Clarita!

FRANCISCO. (Marcharme conviene.)

(*Vase llevándose el plato y lo demas que trajo.*)

CLARA. ¡Ah! ¿Qué es de mi hermano?
¿Dó se halla? ¿Qué suerte
le imponen las iras
del hado inclemente?
Seis horas mortales
estoy ya sin verle,
y ansiosos le buscan
esbirros crueles.
¿Será que sus brazos
el hierro encadene,
ó amaga sus dias
la bárbara muerte?

GONZALO. No así el bello rostro
las lágrimas rieguen;
y el dulce consuelo
con risa las seque.
Aun libre el hermano
respira, y en breve
podréisle gozosa
los brazos tenderle.

CLARA. ¿Es cierto?

GONZALO. Le aguardo.

CLARA. ¡Cuál ansio que llegue!

GONZALO. Seguro en mi casa
le ofrezco un albergue.

CLARA. ¿Le cercan peligros?

GONZALO. Grandes, inminentes.

CLARA. ¡O cielos!

GONZALO. Calmaos,

aqui no los teme.

CLARA. ¡Ah! no, que un amigo
leal le defiende.
Aqui á vuestro lado
¿quién puede ofenderle?
¿No sois poderoso?
¿A vos quién se atreve?

GONZALO. Cruel le persigue
contrario mas fuerte;
contrario que polvo
tambien puede hacerme.

CLARA. ¿Cuál crimen...?

GONZALO. Le acusan
de tramas aleves.
Sabed que esas cartas...

CLARA. ¡Malditos papeles!
Mas ¿cómo han sabido...?
Sin duda le venden.

GONZALO. ¡Qué horrible sospecha!

CLARA. Sí, sí...

GONZALO. Mas ¿quién puede...?

CLARA. Algun falso amigo,
traidor, que merece
que el cielo mil rayos
fulmine en su frente.

GONZALO. ¡Gran Dios!

CLARA. Por ventura,
decid: ¿conocéisle?
¿Quién es...? ¿Dó se esconde?
Buscadle, traedle.

GONZALO. Calmaos, Clarita.
¿Qué intento?

CLARA. Diréle
que le odio y desprecio,
y mil y mil veces
me oirá maldecirle
con voz que le aterre,
pidiendo á los cielos
que justos me venguen.

GONZALO. Cesad...

CLARA. Pues ¿acaso
quereis se liberte

del justo castigo... ?

GONZALO. ¿Quién... ? ¿ yo... ?

CLARA. ¿ No os parece
que es vil...?

GONZALO. (¡Oh ! ¡cuál sufro !)

CLARA. ¿ Sentís le deteste?

GONZALO. No , no... Vuestros odios
sufrir , Clara , debe...
Mas pronto... (¡ Qué angustia !
¡ O cielos, valedme !)

ESCENA XI.

DON GONZALO. DOÑA CLARA. DON AQUILINO.

AQUILINO. Ya está en limpio nuestro informe.
Ahora firma.

GONZALO. No, no quiero.

AQUILINO. Que va á volver el portero ,
y...

GONZALO. ¡Fuera un delito enorme!

AQUILINO. ¡ Qué tontuna ! ¿ Te retractas ?

GONZALO. Sí.

AQUILINO. Pues no es mal compromiso.
Hombre , mira que es preciso.

GONZALO. No importa.

AQUILINO. Tú que te jactas
de ser tan formal...

CLARA. Por mí
no os incomodeis... Si estorbo...

GONZALO. (Un veneno sorbo á sorbo
me hacen apurar.)

CLARA. De aqui
me marcharé.

GONZALO. No, quedad.
(*Afectando sonreirse.*)
Si esto no es nada... En sustancia
un papel... sin importancia...
que nada vale.— ¿ Es verdad ? (*A Aquilino.*)

AQUILINO. (*Fingiendo la misma risa.*)
No... nada... una tontería.

GONZALO. Es cosa de entre los dos.

AQUILINO. Pues... de entre los dos. — Por Dios,
firma... ¿No ves...?
GONZALO. No podria,
aunque quisiera... Repara
que está Clara...
AQUILINO. Ella ¿qué sabe...?
GONZALO. No, tal perfidia no cabe...
AQUILINO. Vive el cielo, estamos para...

ESCENA XII.

DICHOS. FRANCISCO. EL PORTERO.

FRANCISCO. El portero. (*Vase y sale el portero.*)
AQUILINO. ¿No lo ves?
PORTERO. Su eminencia...
GONZALO. Bien está.
AQUILINO. Que la una va á dar ya;
y es fuerza que solo estés.
GONZALO. ¡Qué apuro! ¿Qué haré?
AQUILINO. Cumplamos
con el ministro... Con maña
de este modo se le engaña,
y en tanto al otro amparamos.
GONZALO. Tienes razon... sí... conviene...
No hay mas medio de salvarle.
(*Firma.*)
AQUILINO. Solo falta ya cerrarle:
voy corriendo... (*Vuelve al gabinete.*)
GONZALO. ¡Oh Dios!
CLARA. (¿Qué tiene?
¡Cuán agitado le encuentro!)
¡Ah! me lo ocultais en vano:
lo veo... un horrible arcano
aquel pliego lleva dentro.
GONZALO. Sí, Clara... lo lleva... es cierto...
Mas no pregunteis cuál es...
De vergüenza á vuestros pies
me cayera entonces muerto.
CLARA. ¿Pues tan terrible, tan grave...?
(*Sale don Aquilino con el pliego cerrado, y se le da al portero.*)
AQUILINO. Ya está cerrado. — Tomad.

PORTERO. Gracias.

AQUILINO. Id pronto, volad.

(*Empuja al portero fuera de la puerta y la cierra. Da la una en el reloj.*)

¡La una...! Es hora.

(*Acercándose rápidamente á don Gonzalo.*)

La llave.

GONZALO. (*Sacándola del bolsillo y dándosela.*)

Toma, y corre sin tardar.

AQUILINO. Voy por él. (*A doña Clara.*)

CLARA. ¿Quién?

AQUILINO. Por Solís.

CLARA. ¡Mi hermano!

AQUILINO. Sí... ¿No venís?

CLARA. ¡Ah! sí... le corro á abrazar.

GONZALO. ¡Prudencia!

AQUILINO. No tengas miedo.

Venid, Clarita.

CLARA. Ya os sigo.

¡Noble y generoso amigo!

GONZALO. (*Dejándose caer aplanado en un sillon.*)

¡No puedo mas!

AQUILINO. (*A doña Clara.*) Marchad quedo.

Acto quinto.

ESCENA PRIMERA.

DON GONZALO. DON AQUILINO.

AQUILINO. ¿Vienes de palacio?
GONZALO. Sí.
Amigo mio, el informe
ha salido tan á gusto
del cardenal, que nuestro hombre
me dió, lo mismo fué verme,
dos mil abrazos. Anoche
quiso presentarle al rey;
mas era tarde: negóse
su magestad porque estaba
algo indispuesto... A las doce
de hoy debe volver, llevando
la consulta en que propone
mi encomienda... Amigo mio:
es una de las mejores:
seis mil ducados de renta.
AQUILINO. ¿Entonces ya quién te tose?
Y di: ¿no habria, aunque fuese
en el ramo del azogue,
algun empleillo...?
GONZALO. ¡Cómo!
¿Quiéres dejarme?
AQUILINO. Conforme.
Si he de llevar esta vida
llena de sustos...

GONZALO. ¡Un jóven
como tú!
AQUILINO. Soy muy pacífico;
y andar siempre en estos trotes...
GONZALO. Bien: hoy mismo propondré...
AQUILINO. Y que sea donde cobre
puntualmente.
GONZALO. Ya estoy... Pero
hasta que ponerse logre
Gabriel en salvo, ya ves...
AQUILINO. ¡Oh! tuyo soy hasta entonces.
GONZALO. ¿Le has visto?
AQUILINO. Sí.
GONZALO. ¿No le falta
nada?
AQUILINO. Nada.
GONZALO. Que no noten...
AQUILINO. Se halla en el cuarto de adentro,
donde los pies nadie pone.
En el primero está Clara;
y alli solo...
GONZALO. El pasaporte
tendrá mañana, y hoy mismo
tú le buscarás un coche.
AQUILINO. Sí, sí, que se vaya pronto,
y que no pare hasta Londres.
GONZALO. Lo que siento es que se vaya
Clara con él.
AQUILINO. Se conoce
que estás de ella algo prendado.
GONZALO. Fué mis primeros amores;
y ahora... Mas es preciso:
la suerte asi lo dispone.
AQUILINO. ¿Vas á verla?
CONZALO. Ahora tengo
que hacer... Que nadie me estorbe...
ni estoy, á no ser que venga
del ministro alguna órden.
(*Éntrase en el gabinete.*)

ESCENA II.

DON AQUILINO. Luego LA CONDESA.

AQUILINO. (*Solo.*) Pues, señor, ganemos tiempo:
corramos á ver si busco
el carruaje.
(*Va á salir y ve á la Condesa.*)
¡La condesa!
¡La han dejado entrar!
CONDESA. (*Saliendo irritada.*) ¿Qué escucho?
¡Querer que yo haga antesala!
¿De cuando acá?
AQUILINO. (La aseguro
que se engaña si esta vez
piensa hacerme hablar. — Me escurro.)
CONDESA. ¡Ah, ah! ¿Sois vos?
AQUILINO. (¡Me pilló!
Pues me hago en la lengua un nudo.)
CONDESA. ¿Y don Gonzalo?
AQUILINO. (*Haciéndose el distraido.*)
(A otra puerta.)
CONDESA. ¿Está?
AQUILINO. (¡Ya va!)
CONDESA. Que os pregunto.
¿Está en casa don Gonzalo?
¿No respondeis...? ¿Estais mudo?
¡Vaya un ente...! Que si está
don Gonzalo... De un asunto
tengo que hablarle.
(*Don Aquilino se encoje de hombros, y hace gestos como para decir que no sabe.*)
¿Qué gestos
son esos...? ¿Eh...? Yo presumo
que de mí se está burlando.
¿Responderéis al fin, bruto?
(*Don Aquilino hace gestos de que no puede.*)
¿Os han prohibido hablar?
(*Don Aquilino dice por señas que no.*)
¿No...? ¿Pues por qué...? ¡Me consumo!
¿Qué sucede en esta casa

que todos...? Algun oculto
misterio hay sin duda aqui...
Por fuerza... y vos...

AQUILINO. (*Hablando sin poderse contener.*)
No hay ninguno.

CONDESA. ¡Hola...! ¿Recobrais el habla?
¿Con que he acertado?

AQUILINO. (¡Qué burro!)

CONDESA. Pues me lo vais á decir.

AQUILINO. ¿Yo?

CONDESA. Sí, vos.

AQUILINO. Señora, os juro...

CONDESA. Sin mentir.

AQUILINO. ¡Vaya un empeño!
(*Aparte volviéndose á mirar hácia el cuarto de Clara.*)
(Y ¿si comete el absurdo
Clara de salir ahora?)

CONDESA. Vamos, hablad.

AQUILINO. (¡Ya es apuro!
¿Cómo haré...?)

CONDESA. No hay que volverme
la espalda... Punto por punto,
me vais á decir...

AQUILINO. Me gusta.
¡Cómo manda! Como si uno
fuera su... Pues no, señora,
no hablaré... Yo soy astuto,
y veo largo... Quereis
ir con el cuento, seguro,
como antes fuísteis... ¡Qué infamia!
¡Una muger...! Yo me aturdo.

CONDESA. Despues de tanto callar,
¡de palabras qué diluvio!
Y para no decir nada.

AQUILINO. Pues eso quiero yo... justo...
no decir nada... ¿Pensais
que soy bobo y no discurro?
Pues yo no me mamo el dedo;
y ya os conozco; y con pulso
me voy con vos; porque sé
que sois mala y sabeis mucho.

CONDESA. ¿Cómo se entiende?

AQUILINO. (*Volviendo otra vez la vista hácia el cuarto de doña Clara.*)
(A todo esto,
si sale y la ve...)
CONDESA. ¡Qué insulto!
AQUILINO. (Estoy en ascuas.)
CONDESA. ¡Y siempre
mirando hácia allí!
AQUILINO. (Yo sudo...
Y esta muger es capaz...
Mas vale... sí... las afufo.)
(*Vase corriendo por el foro.*)

ESCENA III.

LA CONDESA. Luego FRANCISCO.

CONDESA. Escuchad... oid... ¡Cuál corre!
Y sin decir... ¿Para qué?
Harto sé ya, pues conozco
que oculto aquí debe haber
algun arcano... Mas ¿cuál...?
Bien claro, ó rabia, se ve.
¿Quién pudo dar el aviso
á su amigo, si no es él?
Y la hermana, ¿por ventura
no despareció tambien?
¿Dónde estarán...? ¡Él lo sabe,
él lo sabe, ingrato, infiel!
¿Cómo descubrir...? Si acaso...
¡Qué idea...! No puede ser...
¡Ellos aquí...! No...—Con todo,
del otro la palidez,
su inquietud, su turbacion...
¡Oh! Yo le observé muy bien,
y estaba como temblando
de que algo llegase á ver...
Hácia allí se dirigian
sus ojos... ¿El cuarto aquel
acaso...
(*Se dirige hácia el cuarto de doña Clara, y se pone á escuchar á la puerta.*)

Se escucha ruido
dentro... Pasos... ¿Si podré
mirar...? Por este agujero...
(*Se pone á mirar por el agujero de la llave.*)
¡Ah...! ¿Qué veo...? ¡Una muger!
No descubro bien su rostro,
mas sin duda jóven es...
¡Una muger aqui, cielos!
Y ¿no estaba aün ayer
sin habitar esa estancia...?
Sí, sí, lo estaba... Acerté.
Aqui se hallan... ¡Y ha podido
hasta en su casa esconder...!
¿Por qué no...? ¿Qué sitio habrá
do mas seguros esten?
¿Quién aqui vendrá á buscarlos?
¿Quién pensará...? Mas tal vez
me engaño... Mis necios celos
me hacen absurdos creer.
¿Cómo averiguar podria...?
No hay nadie aqui... Llamaré.
(*Se dirige hácia el cordon de la campanilla que está al lado de la puerta del foro y ve á Francisco, que pasa por la parte de afuera.*)
¡Ah...! Francisco... Oid.

FRANCISCO. Señora...
CONDESA. Venid... Decidme... ¿Sabeis
quién está alli?
FRANCISCO. ¿En aquel cuarto?
CONDESA. Sí.
FRANCISCO. Una señora.
CONDESA. ¿Quién es?
FRANCISCO. Una jóven.
CONDESA. ¿Bella?
FRANCISCO. Hermosa.
CONDESA. (¡Infiel!) Mas ¿cuándo...? ¿por qué...?
FRANCISCO. Vino esta noche.
CONDESA. ¡Esta noche!
FRANCISCO. Sí... tarde... Parece ser
una parienta del amo.
CONDESA. ¡Parienta!
FRANCISCO. A lo menos él

asi lo dijo.

CONDESA. (¡Ah, traidor!)
Y ¿vino sola?

FRANCISCO. No.

CONDESA. ¿Quién
la acompañaba?

FRANCISCO. Un don Lope,
que en el instante se fué.

CONDESA. Y ¿nadie mas ha venido?

FRANCISCO. Nadie.

CONDESA. Mentís... Me quereis
engañar.

FRANCISCO. Señora, yo...

CONDESA. ¿Imaginais que no sé
que ha entrado un hombre esta noche?

FRANCISCO. Yo nada tuve que hacer
en eso.

CONDESA. Mas habeis visto...

FRANCISCO. Allá muy tarde escuché
ruido... y vi...

CONDESA. Decid.

FRANCISCO. Dos hombres,
y esa niña, al parecer,
pasar por un corredor.

CONDESA. ¿Los conocísteis?

FRANCISCO. No á fé.
La escasa luz... Solo el uno
se me figuró...

CONDESA. ¿Quién?

FRANCISCO. Pues...
él era... Don Aquilino.

CONDESA. ¡Miren el...!

FRANCISCO. Yo no diré
de fijo... El otro venia
tan embozado...

CONDESA. Está bien.—
Él debe de ser sin duda.
¡Pérfido! ¡traidor...! ¿Qué haré?
No sé... la frente me abrasa...
hierve mi sangre... ¡Traer
á mi rival...! Y ¡conmigo
usar de tanta doblez!

¡Guardarla...! ¡Comprometerse...!
¡Mucho la debe querer!
¿Asi me pagas, ingrato...?
¡Ah! pierdo el juicio... Sabré
si es ella... Sí, salir quiero
hoy mismo de esta cruel
incertidumbre. — Francisco,
aguardad. — Escribiré.

(*Se sienta á la mesa y escribe con precipitacion y muy agitada.*)

FRANCISCO. (La muger está que trina.
¿Qué diablos tendrá...? Par diez,
si no me mienten las señas,
la pican celos.)

CONDESA. Tened:
llevad esta carta.

FRANCISCO. ¿Adónde?

CONDESA. En el sobre lo vereis.

FRANCISCO. ¡Ah! sí. (*Mirando el sobre.*)

CONDESA. Corriendo... Aqui aguardo.

FRANCISCO. Voy. (*Vase corriendo.*)

CONDESA. Veremos si esta vez...
Mas ¡ay, Dios mio...! ¿Qué hice?
¡Ciega estoy...! ¡Asi esponer
á Orendana...! No... no quiero...
Mas vale...

(*Yendo hácia la puerta por donde ha marchado Francisco.*)

Volved... volved...
¡Francisco...! Ya no me oye...
Marchó con tal rapidez...
Mas es fuerza detenerle...
Diré que vayan tras de él...
Llamemos.

(*Se dirige otra vez hácia la campanilla. En este instante sale doña Clara de su cuarto. La condesa, al verla, se detiene.*)

¡Cielos! ¿qué veo?
¿Será ella...? Lo sabré.

ESCENA IV.

LA CONDESA. DOÑA CLARA.

CLARA. ¿No está aquí don Aquilino...?
¡Ah...! señora... perdonad.
CONDESA. ¡Señora...! (¡Rara beldad!
¡Qué rostro tan peregrino!)
CLARA. Pensaba... (*Quiere retirarse.*)
CONDESA. ¿Os vais...? Esperad.
CLARA. (¿Quién será...? ¡Cómo me mira!)
CONDESA. ¿Temeis de mí, por ventura?
CLARA. No por cierto... Antes me inspira
confianza tanta beldad.
CONDESA. (¿Cómo no se inflama en ira
mi pecho con su presencia?
¡Ah! que ese aire de inocencia...)
¿Con que tan bella os parezco?
CLARA. Sí... mucho.
CONDESA. Yo os lo agradezco.
CLARA. Si me dais vuestra licencia...
CONDESA. No os marcheis... Veros me agrada
aun mas de lo que pensais...
Vos tambien bella, agraciada,
á mis ojos os mostrais...
(¡Harto, en verdad, desdichada!)
CLARA. Señora, ¿saber podré
á quién debo tal fineza?
CONDESA. Soy... mas tarde os lo diré.
CLARA. Perdonadme esta franqueza:
quizá en preguntarlo erré.
CONDESA. No, no hay misterio... Mas vos
con tal pregunta, ¿no veis
que á otra igual os esponeis?
CLARA. ¡Ah!
CONDESA. ¿Y cuál debe de las dos
temer mas? ¿Enmudeceis?
CLARA. Yo...
CONDESA. El rubor de ese semblante
harto en que entender me diera,
si quien sois ya no supiera.
CLARA. ¿Quién os ha dicho...?

CONDESA. El amante
que aquí esta noche os tragera.
CLARA. Mirad bien lo que decís.
Quien de esa suerte se espresa
que ignora quién soy confiesa.
CONDESA. De don Gabriel de Solís
¿no sois la hermana?
CLARA. ¡O sorpresa!
¿Sabeis, señora...?
CONDESA. Mas sé.
En esta casa escondido,
cerca de aquí le hallaré.
CLARA. ¡Ah, por Dios!
CONDESA. (Adiviné.)
CLARA. Pero ¿cómo habeis sabido...?
CONDESA. Me lo ha dicho don Gonzalo.
CLARA. ¡Don Gonzalo!
CONDESA. Vuestro amor.
CLARA. ¡Insistís en ese error!
CONDESA. Los oidos os regalo.
CLARA. Señora, hacedme el favor...
CONDESA. El enojo refrenad
que mi franqueza os inspira;
que en estos casos la ira
descubre mas la verdad.
CLARA. Mucho el oiros me admira.
CONDESA. Poca ofensa me parece
vuestro afecto recordar:
ni puede nunca agraviar
á quien tanto amor merece
un puro amor inspirar.
Si no ha mentido la fama,
allá en la infancia nació,
y en tierna, inocente llama,
á quien niña os conoció
amais á la par que os ama.
Esa sencilla pasion
habrá á quien dé tal vez celos;
mas la ocultais sin razon:
¿qué os importan los desvelos
de otro amante corazon?
CLARA. Mucho asombrarme, señora,

debe tan estraño hablar;
y no sé si en vos ahora
una amiga he de mirar,
ó una enemiga traidora.
Mas tanto sabeis de mí,
que, aunque me causa estrañeza,
fuera el negarlo simpleza;
y contestar piensa asi
á franqueza con franqueza.
Inocente, aun no sabia
mi pecho lo que era amor,
y ya á Gonzalo queria,
é inflamada me sentia
por desconocido ardor.
Toda entonces ilusiones,
á mi afecto me entregué,
y en agradables ficciones,
tal vez ¡ay! la union soñé
de dos fieles corazones.
Fiel siempre el mio quedó;
que á pesar de desengaños,
aun á arrojar no llegó
la flecha que en tiernos años
firme el amor le clavó.
Mas tener alma constante
¿qué le sirve á la muger,
si al viento menor fluctuante
el hombre menos amante
deja la suya ceder?
Mientras triste, solitaria,
yo en mis sueños me mecía,
aqui la suerte contraria
con nuevo amor seducía
de Gonzalo el alma varia.
Sí, nuevo amor; que aunque ignoro
quién al yugo le ha rendido,
¿qué otra causa habrán tenido
tres años de amargo lloro,
y tanto tiempo de olvido?

CONDESA. ¡Cómo...! ¿Os ha olvidado?

CLARA. Sí.

CONDESA. ¿Y en esos años de ausencia...?

CLARA. Ni una carta suya vi.
CONDESA. Mas hora vuestra presencia
habrá renovado aqui...
CLARA. Tan solo una vez me ha hablado.
CONDESA. ¡Solo una vez!
CLARA. Víle afable,
fino, mas no enamorado.
CONDESA. Pero estando á vuestro lado,
que hoy os vuelva á amar es dable.
CLARA. ¿Cómo, si ausentarme debo?
CONDESA. ¿Pronto?
CLARA. Mañana... Él lo quiere...
CONDESA. ¡Él!
CLARA. Sí.
CONDESA. A creer no me atrevo...
¡Mañana...! ¡y él...! Si eso fuera
verdad.
CLARA. Lo es. Lejos llevo
mi amor, mi triste existir;
y voy, quedándose ¡ay cielos!
mi corazon al partir,
abandonada y con celos
en tierra estraña á morir.
CONDESA. ¿Con que no os ama...? ¿Es verdad?
¡Ah! Decid eso, decidlo...
Que lo oiga otra vez... Hablad...
No me engañeis, por piedad...
Si eso es cierto, repetidlo.
CLARA. ¡Qué estraño gozo!
CONDESA. ¿No os ama?
CLARA. Cada vez mas me asombrais.
CONDESA. Mas ¿no os ama?
CLARA. ¡Cuál estais!
CONDESA. Decid.
CLARA. ¡Qué ardor os inflama!—
¡Ah...! lo veo... Vos le amais.
CONDESA. ¿Yo...? ¿Quién dice...?
CLARA. Sí, señora:
vuestro amor ocultais mal.
CONDESA. Sí, me abrasa, me devora:
mi pecho le ama, le adora...
Ved en mí á vuestra rival.

CLARA. ¡Ay! (*Se cubre el rostro con las manos y se sienta abatida.*)

CONDESA. ¡Os asombro, os espanto...!
¡Me veis con odio y horror!

CLARA. No: solo hallo en mí quebranto,
suspiros para el dolor,
y estos ojos para el llanto.

CONDESA. ¡Cómo! ¿No me aborreceis?

CLARA. Y ¿de qué me aprovechára?
¿Acaso porque os odiara,
cesara el llanto que veis,
ó que él me amase lograra?

CONDESA. (¿Qué dice? ¡Pasmada quedo!)

CLARA. Vos sí, que odiándome estais:
vuestros ojos me dan miedo.

CONDESA. Lo queria... Mas hablais,
y aborreceros no puedo.
Mas bien me dais compasion.

CLARA. ¡Ah! Compadecedme, sí:
podeislo hacer con razon.
¡Cuántas lágrimas vertí!
¡Cuál sufrió mi corazon!
En vano yo me decia:
"deja de amar á un ingrato..."
Cuanto mas esfuerzo hacia,
en mi delirio insensato
mas esta hoguera crecia.
Infiel, aleve y traidor
la mente me le pintaba;
y sin embargo, le amaba,
y el alma con ciego error
por él disculpas buscaba;
y aun cuando tras largo olvido
la suerte aqui me condujo,
á este pecho siempre herido
necia esperanza sedujo
de hallarle fiel y rendido.
Me engañé... Ya ante mis ojos
miro la verdad cruel;
y do con vanos antojos
buscaba rosa y clavel
hallé solamente abrojos.

Triunfe, pues, vuestra beldad:
ahogar sabré mi dolor,
y goce el premio de amor,
goce su felicidad
quien lo merece mejor.
Yo pobre y desventurada,
¿qué le pudiera ofrecer?
Solo una alma enamorada,
y en fortuna limitada
tristeza en vez de placer.
Vos al contrario, señora:
ese aire noble, ese porte
diciéndome estan ahora
que en vos sin duda atesora
su joya mejor la corte.
Bienes, honores, nobleza,
cuanto á un hombre satisface,
á par con vuestra belleza,
para labrar su grandeza
le promete vuestro enlace.
En nudo santo, dichoso,
en tierna, plácida union...

CONDESA. ¡Ah! ¿qué decís?

CLARA. Venturoso
podrá ser su corazon...

CONDESA. ¡Nudo santo...! ¡Union...! ¡Penoso,
triste recuerdo!

CLARA. Vos, sí,
sabreis su dicha labrar.
¿No es verdad...? Tan solo asi
os puedo al fin perdonar
que me le quiteis á mí.

CONDESA. ¡Qué...! ¿Vierais sin amargura...?

CLARA. Pues qué, ¿acaso yo le amara,
si á costa de mi ventura
la suya no deseara?
Ni comprada asi me es cara;
pues si dichoso le sé,
cesando ya mis enojos,
dichosa tambien seré;
y alegre, al fin, secaré
las lágrimas de mis ojos.

No es sin remedio ni mal:
me queda mejor esposo;
en vez de lecho nupcial,
tendré para mi reposo
una celda y un sayal;
y allí en ferviente oracion,
si cumplís mi ardiente anhelo,
tranquilo mi corazon
pedirá tan solo al cielo
que bendiga vuestra union.

CONDESA. Callad, callad... No sabeis
el mal que me estais haciendo.
¿Qué decís? ¿Qué pretendeis?
En este pecho ¿no veis
que un puñal estais hundiendo?
¡Unirme á él...! Eso fuera
mi dicha, mi bien mayor:
riquezas, todo lo diera
para lograrlo mi amor...
Mas ¡ay! es sueño, es quimera.
¿Sabeis vos si eso es posible?
No, no lo es... Entre los dos
un obstáculo invencible,
eterno, santo, terrible,
puso el mundo, puso Dios.
Sabedlo ya. — ¿Qué iba á hacer?
No, no lo debeis saber.
Sois pura... Si os lo dijera,
yo vuestro aprecio perdiera,
y hora lo anhelo tener.
Mucho por Gonzalo, es cierto,
me han visto hacer decidida:
yo le consagré mi vida...
Si está de honores cubierto,
si la suerte sin medida
le da empleos y riquezas
con que á la corte deslumbre,
si en breve de las grandezas
llegue tal vez á la cumbre,
se lo debe á mis finezas.
Yo quise y logré elevarle...
¿Qué mas? Para su ventura

aun buscaba mi ternura
otro bien mayor que darle...
Y halléle al fin... Hermosura,
alma noble y generosa,
y virtud aun mas preciosa,
de todo le dotó Dios...
Ese raro bien... sois vos...
Dóiselo, pues... Sed su esposa.

CLARA. ¡Ah! ¿qué decís...? Reparad...

CONDESA. Señora, ¿pensais ganarme
á mí en generosidad?
Yo debo sacrificarme...
Id, y la mano le dad.
Vos sola le mereceis,
yo no... Y acaso con esto
repare algun mal funesto
que os hice y vos no sabeis.
A llorar mucho me apresto
de esta suerte, bien lo sé;
mas lo que decís, diré:
su ventura es mi consuelo;
y tambien, rogando al cielo,
vuestra union bendeciré.

CLARA. ¡Qué oigo...! Señora, dejad
que á vuestras plantas bendiga
tanta generosidad.

CONDESA. No... Mas bien os arrojad
en los brazos de una amiga.
(*Se abrazan.*)

ESCENA V.

DICHOS. DON GONZALO. DON AQUILINO.

GONZALO. (*Saliendo de su gabinete y viéndolas abrazadas.*)
¡Qué veo...! ¡Con la condesa
Clara...! ¡Y abrazada!
(*Sale corriendo don Aquilino, y sin reparar en las dos mugeres, se acerca á don Gonzalo.*)

AQUILINO. Amigo,
novedad. Lope una carta

me escribe en que con sigilo
me manda dar á Solís.

GONZALO. ¡Quedo...! ¿No adviertes...?
(*Enseñándole á la condesa.*)

AQUILINO. (¿Qué miro?
¿Aqui todavía...?)

GONZALO. ¿Y bien?

AQUILINO. Qué... (¡Maldita!)

GONZALO. Vamos, dilo.
¿Qué has de darle?

AQUILINO. Esta otra carta.

GONZALO. Pues vé, y dásela.

AQUILINO. Voy listo.
(¡Las dos juntas...! ¡Se cayó
la casa á cuestas!)

ESCENA VI.

LA CONDESA. DOÑA CLARA. DON GONZALO.

GONZALO. ¡Me admiro
de ver...

CONDESA. ¿El qué?

GONZALO. Esos abrazos.

CONDESA. ¿Son acaso sin motivo?
¿No es parienta vuestra?

GONZALO. ¡Ah...! Sí.

CONDESA. Pues abrazarla es preciso.
Decidme: ¿es sobrina...? ¿prima?
¿Qué grado...? ¿Tercero ó quinto?

GONZALO. Es... prima... un poco lejana.

CONDESA. ¡Y tanto...! ¡Mucho me río!

GONZALO. Señora...

CONDESA. ¡Siempre misterios!
Si lo sé todo, amiguito.

GONZALO. ¡Cómo!

CONDESA. Esta jóven es...

GONZALO. ¿Quién?

CONDESA. ¿Necesitaré decirlo?
Doña Clara... la hermanita.
de...

GONZALO. ¡Cielos...! Y ¿habeis tenido

(*A Doña Clara.*)
la imprudencia de...

CLARA. Vos sois
quien el secreto habeis dicho.

GONZALO. ¿Yo?

CLARA. Sí, vos... Ella lo dice.

GONZALO. ¡Ella...! Os engaña.

CLARA. ¡Dios mio!
¿Será cierto?

(*Se oyen voces dentro del cuarto de doña Clara. A poco rato salen don Gabriel y don Aquilino, procurando éste contener á aquel.*)

ESCENA VII.

DICHOS. DON AQUILINO. DON GABRIEL.

AQUILINO. (*Dentro.*) No saldrás.

GABRIEL. Deja. (*Idem.*)

AQUILINO. Detente.

GONZALO. ¡Qué ruido!

AQUILINO. Es una imprudencia. (*Saliendo.*)

GABRIEL. Aparta:
déjame huir de este sitio.

GONZALO. ¿Qué es eso, amigo? ¿No ves
que te espones al peligro...?

GABRIEL. Y ¿qué te importa, malvado?
Si venderme es tu designio,
deja que yo mismo ahora
me entregue á mis enemigos;
asi á lo menos, infame,
ahorrarte podré un delito.

CLARA. ¡Santo Dios!

CONDESA. ¿Pues qué...

GONZALO. ¿Te atreves...?

GABRIEL. Ya tu perfidia he sabido.
¿Ves esta carta? Es de Lope,
que en fiel, amistoso aviso,
dice eres tú quien ayer
me delataste al ministro;
que mientras aparentabas
darme en tu casa un asilo,

en un informe sangriento
proponias mi castigo;
y que hoy debes entregarme
á mis verdugos impíos.

GONZALO. ¿Eso dice?

GABRIEL. Mira... lee.

GONZALO. ¡Dios!

GABRIEL. Ese informe, él lo ha visto;
y ya es público en Madrid
que tú, traidor, me has vendido.

CLARA. ¡O cielos! ¿Será posible
tanta infamia? ¡Me horrorizo!

GONZALO. (*A la condesa con amargura y despecho.*)
¿Lo veis, señora, lo veis?
Este fruto han producido
vuestra pasion, vuestro encono...
Muger funesta, os maldigo.

CONDESA. ¡Ah! (*Se deja caer abatida en un sillon, y permanece en el anonadada.*)

CLARA. ¿Cómo?

GABRIEL. ¿Qué dices?

GONZALO. Ella,
ella es el genio maligno
que interpuesto entre los dos
á entrambos nos ha perdido.
Ella descubrió el secreto,
y ella...

GABRIEL. ¿Qué oigo?

CLARA. ¡Monstruo indigno!

GABRIEL. ¿Será verdad?

AQUILINO. Yo lo afirmo.
¡Él venderte! ¡Él que intentaba
libertarte, voto á Cristo!

GABRIEL. Pero ese informe...

GONZALO. Forzoso
el estenderlo me ha sido.
Me lo mandaban... Debia
disimular... Mas testigo
es de cuánto me costó
aquel esfuerzo Aquilino.

AQUILINO. ¡Oh! sí, tuvimos un rato...

GONZALO. Mas tambien, cual fiel amigo,

amparándote en mi casa,
com mi deber he cumplido.
Seguro aqui te creía;
(*Mirando á la condesa.*)
y si hay algun pecho inicuo
que á delatarte se atreva,
será igual nuestro destino.

ESCENA VIII.

DICHOS. FRANCISCO.

FRANCISCO. ¡Ah! señor... (*Saliendo azorado.*)
GONZALO. ¿Qué hay?
FRANCISCO. Yo no sé
qué es lo que habrá sucedido;
pero...
GONZALO. Hablad... Estais turbado.
FRANCISCO. Hay en la calle un gentío...
La casa está rodeada...
Y vienen dando unos gritos...
GONZALO. ¿Qué será?
FRANCISCO. Se ven soldados,
hombres, mugeres, esbirros...
CONDESA. (*Levantándose aterrada.*)
¡Cielos! Ya no me acordaba.
Yo soy quien... ¡Ah! me abomino.
GONZALO. Esplicaos.
CONDESA. Cuando supe
que aqui estaban escondidos...
GONZALO. ¿Y bien?
CONDESA. Furiosa...
GONZALO. Acabad.
CONDESA. En mi ciego desvarío,
dí parte...
GONZALO. ¡Muger odiosa!
GABRIEL. ¡Vos!
CLARA. ¡Dios mio!
AQUILINO. ¡Basilisco!
GONZALO. Y ¿habeis osado...?
CONDESA. Ocultaos...
Sí... por Dios... os lo suplico...

Que yo sabré...

AQUILINO. Pero ¿dónde?

GONZALO. No es dable en este recinto.

CONDESA. Pues huid.

AQUILINO. La puerta falsa...

FRANCISCO. ¡Si todo está circuido!

AQUILINO. ¡Estamos frescos!

CONDESA. Ya llegan.

AQUILINO. Caimos en el garlito.

GONZALO. Gozaos en vuestra obra, perversa.

CONDESA. ¡O cruel suplicio!

AQUILINO. (*Mirando hácia la puerta.*) ¡Un alguacil...! No, que es Lope.

TODOS. ¡Lope!

ESCENA IX *y* ÚLTIMA.

DICHOS. DON LOPE.

(*Sale don Lope desalado, y viendo á don Gabriel corre hácia él y le abraza.*)

LOPE. Sí, yo soy, querido.
Dame un abrazo... Por fin,
aunque pese á algun indigno,
ya estás libre.

TODOS. ¡Libre!

GONZALO. ¿Es cierto?

LOPE. (*A don Gonzalo, con energía y desprecio.*)
Sí.—Pero tú estás perdido.

GONZALO. ¡Cómo...!

LOPE. Como que mil diablos
se han llevado á tu ministro.

GAB. *y* GON. ¡Alberoni!

LOPE. Ya cayó.

GABRIEL. ¿Quién ha logrado...?

LOPE. Tu escrito.

GABRIEL. ¡Mi escrito!

LOPE. Por sus razones
su magestad convencido,
y á las súplicas cediendo

de altos personages dignos
de su aprecio, al cardenal
destierra de sus dominios.
Ya el pueblo con tal noticia
de júbilo poseido,
en vivas mil por las calles
demuestra su regocijo.

GONZALO. ¿Qué escucho?

LOPE. Y en cuanto á tí,
amigo, siento decírtelo:
quedas tambien de tu empleo
y honores destituido.

GONZALO. ¡Ah!

GABRIEL. No desmayes: si alcanzan
algun premio mis servicios,
tu pronta reposicion,
ese solamente pido.
Jamas olvidar podré
que hallé en tu casa un abrigo,
y todo resentimiento
le borra este beneficio.

GONZALO. ¡Amigo! (*Se abrazan.*)

AQUILINO. ¿Es decir que yo
pierdo tambien mi destino,
y quedo otra vez por puertas?
¡Ah, mal haya...!

GABRIEL. No, querido:
ya haremos que...

CONDESA. Yo prometo
empeñarme si es preciso.

AQUILINO. ¿Vos...? No.

CONDESA. ¿Por qué?

AQUILINO. Porque sois
muy mala muger, clarito.

CONDESA. Ese concepto...

AQUILINO. Es de todos.

CONDESA. ¿De todos?

CLARA. (*Yendo hácia la condesa y abrazándola.*)
No, no es el mio:
que antes en ella encontré
un corazon noble y digno
de todo aprecio.

CONDESA. (*A Aquilino.*) ¿Lo veis?
AQUILINO. ¡Está muger gasta hechizos!
CONDESA. (*Abrazando á doña Clara.*)
¡Ah! gracias, señora, gracias:
mucho este aprecio os estimo.
— Don Gonzalo... ya de vos
para siempre me despido.
GONZALO. ¡Cómo!
CONDESA. Mi honor, mi reposo
piden este sacrificio.
Mucho me cuesta... no importa...
En hacerlo no vacilo.
(*Señalando á doña Clara.*)
Aqui teneis quien os debe
hacer feliz... Solo exijo
que tambien la hagais dichosa...
y no me deis al olvido.

FIN DE LA COMEDIA.

3 0112 115869072